

ANTONIO GOYA



**CUENTOS
DE LA VIDA Y DE
LA MUERTE**



LAS PALMAS



IMPRENTA DE MARTÍNEZ Y FRANCHY

1901

**CUENTOS
DE LA VIDA Y DE LA MUERTE**

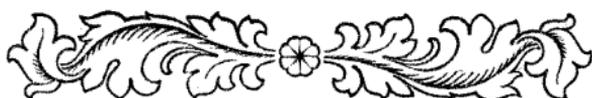
ANTONIO GOYA

✧ ✧ ✧ ✧ CUENTOS
DE LA VIDA Y DE
LA MUERTE ✧ ✧ ✧



LAS PALMAS
—
IMPRENTA DE MARTÍNEZ Y FRANCHY
1901

ES PROPIEDAD.



UNA CONFERENCIA EN MARTE

Debo, ante todo, hacer notar que para que lo que sigue fuera comprensible, he tenido que hacer una traducción especial de lo que, por modo inaudito é inconcebible, ha llegado hasta mi conocimiento; pues ni los idiomas usados en el planeta Marte se parecen á los nuestros, ni una porción de analogías que se notarán entre las ideas y conocimientos del sabio de Marte, á quien voy á copiar, con otras ideas y conocimientos de los hombres terrestres se deben á otra causa que á las inmensas dificultades con que he tenido que luchar para hacer comprensible lo que sigue. Me he tenido que servir de términos conoci -

dos que se acercaran, *en lo posible* á lo que tenía necesidad de expresar

Señores:—dijo el sabio Astearte dirigiéndose á su auditorio.—Todos sabéis que, desde hace poco más de un siglo que nuestros adelantos científicos nos permiten observar con relativa facilidad lo que pasa en la superficie del planeta vecino que llamamos Tierra, hemos descubierto tales singularidades en su constitución física, y sobre todo en las formas que en él afecta la vida, que ha llegado á ser su estudio la ocupación preferente de nuestros sabios. Las más potentes inteligencias de nuestro planeta han aplicado sus facultades á la ampliación de los conocimientos que poseemos sobre nuestro extraño vecino planetario, y aprovechan con fruición las épocas en que nos encontramos á la menor distancia posible de la Tierra, ó sean 15 millones de leguas, para observarla.

Ya desde muy antiguo venían observando nuestros antepasados, con los medios deficientes de que dispo-

nían, el verduzco, casi azulado planeta que, con luz tan extraña y diferente de la de los demás astros, brilla en nuestro cielo; ya sabían, por ejemplo, que es seis veces y media más voluminoso que nuestro globo y dos veces también próximamente más grande en diámetro; pero últimamente, desde hace poquísimos tiempo, estos conocimientos nuestros sobre la Tierra han tomado nuevo rumbo de luz y de certeza. Débese esto al portentoso descubrimiento del sabio Jaquintsua, á la producción espectral de la materia, á lo que pudiéramos llamar la fotomaterialización.

Fundado en lo que nuestros antepasados ya conocieron por análisis espectral, pero ampliado hasta lo que ellos no se atrevieran ni á soñar, este maravilloso invento hace posible que produzcamos en nuestro globo los cuerpos materiales, tales como existen en la superficie de algunos astros colocados en ventajosa situación para ello. En este caso está la Tierra y este planeta originalísimo, que tantas

sorpresas nos tenía causadas cuando sólo habíamos podido observarle con nuestros antiguos medios de conocer interplanetariamente, nos ha revelado aspectos de su vida tan distintos de los que nuestra vida afecta que con razón solicitan nuestra atención por modo poderosísimo.

Claro es que el invento á que aludo, al reproducir con materiales nuestros los objetos vivos y los inorgánicos de otros planetas, lo hace dentro de ciertos límites bastante restringidos por desgracia: así por ejemplo, no podemos reproducir una montaña, ni una mediana extensión de terreno. Dentro de estos límites hemos logrado reconstruir en nuestro planeta los seres que deben tener vida en la Tierra, pero como el invento nos da sólo la parte material hemos obtenido esos seres muertos, inanimados.

De este modo hemos llegado á poseer ejemplares que deben ser de animales y vegetales terrestres, muchos objetos que indican la mano inteligente de un obrero, y por último, al-

gunos ejemplares del que es, indudablemente, ese obrero, el animal inteligente de la Tierra, el hombre.

Entre los objetos que creemos ser de fabricación del hombre hay muchos cuyo uso suponemos, teniendo en cuenta: las grandísimas diferencias de constitución entre el hombre terrestre y el martiano y también entre sus respectivos medios ambientes; el distinto rumbo que han debido seguir su civilización y la nuestra; y el gran atraso en que indudablemente viven los terrestres si con nosotros los comparamos.

Pero hay toda una serie de objetos, de instrumentos, de máquinas y aun de materias químicas cuyo uso nos es imposible suponer. Dominan en la fabricación de estos instrumentos los metales, especialmente el hierro, y varían en dimensiones y formas hasta lo infinito. En cuanto á las materias químicas todas ó casi todas participan, en diferente grado, de una propiedad común: en contacto con el fuego, por virtud del choque violento y á veces por otras causas producen explosio-

nes terribles, sólo comparables á las que aún raras veces se producen en el seno de nuestros volcanes.

Al reproducir algunos de los extraños instrumentos que antes citaba, lo han sido conteniendo dentro de una cavidad cilíndrica otro aparato de hierro y cierta cantidad de materia explosiva. Examinando el profesor Erosa uno de estos enigmáticos tubos y haciendo jugar todos sus resortes, se oyó de repente un estruendo terrible, por la extremidad abierta del tubo salió densa humareda, y el aparato que dentro encerraba fué á caer á grandísima distancia produciendo á su vez otra explosión al chocar contra el suelo, estallando en mil pedazos de hierro y ocasionando hundimientos, muertes é incendio en el populoso barrio en que cayó. Calcúlese, si tales son los efectos de esos terribles aparatos en nuestro planeta, cuales serán en la Tierra, donde es mayor la densidad y donde el peso de los objetos, y por la tanto la violencia del choque, es tres veces mayor que en nuestro globo.

Puede asegurarse que el ansia, el deseo vehementísimo y creciente de saber el uso que tienen en la Tierra los aparatos á que aludo tienen de tal modo ocupada la atención de nuestros sabios todos que todas las cuestiones que antes les agitaban han quedado relegadas al desdén primero y por último al olvido.

Una porción de hipótesis han comenzado á formularse para explicar la aplicación y la utilidad que puedan tener para el hombre de la Tierra estos extraños objetos; pero todas han caído, antes de llegar á sus conclusiones, por ilógicas y faltas de fundamento racional. Pero entre las mil suposiciones y conjeturas producidas por estos descubrimientos, ninguna tan original como la ideada por el profesor Eroa ya citado, para explicarlos. Según él, el hombre terrestre, ese sér tan adelantado científicamente si se ha de juzgar por los productos cuyo uso hemos podido averiguar, dispone de todos estos instrumentos de empleo desconocido para destruir al hombre.

De resultar cierta esta atrevida hipótesis habría que suponer que de los hombres civilizados de la Tierra, el más intelectual aplicaría sus actividades y conocimientos de las leyes naturales al fin más lejano que concebimos de su estado actual, que la característica de su civilización sería la negatividad: y en este caso su ser moral sería para nosotros tan incomprensible que por fuerza habría de desesperarnos por completo para proseguir nuestros estudios sobre su existencia en la Tierra. Sería un contrasentido horrible que á mayor civilización correspondiera mayor impulso de destructividad en el hombre, ya que nosotros concebimos los adelantos como tales cuando nos llevan á precavernos más y mejor contra las causas de destrucción de nuestro sér que nos rodean.

Explicase la destructividad en el sér inteligente cuando aún está su cerebro casi en embrión, cuando aún no ha logrado separarse sensiblemente de la bestia: explícase también en

ciertos casos aislados producidos por el extravío, por la enfermedad, hasta por atavismo, que tornan á contados individuos á los confines de la animalidad y para los cuales conservamos nuestros manicomios y casas de reclusión, que son más que lugares de castigo, centros de curación en lo posible.

Si pudiéramos creer que los adelantos de miles de generaciones se aplicaban en la Tierra á la destrucción del hombre por el hombre no podríamos explicarnos esos mismos adelantos; porque claro es que, si la parte destructora del hombre hubiera triunfado, no veríamos al hombre tan avanzado en otros ramos del saber que nosotros cultivamos, y que, si por el contrario, venciera la parte intelectual como en nuestro planeta ha sucedido, su predominio natural habría reducido á la otra parte al círculo estrechísimo á que se ve limitada entre nosotros.

Por lo tanto, los objetos que tanto han llamado nuestra atención están indudablemente destinados á otro fin

que al de la destrucción sistemática del hombre por el hombre.

¿Cuál es ese fin? No lo sabemos, pero no debemos desanimarnos para nuestras investigaciones futuras, cuidando, empero, muchísimo de no dejarnos llevar por nuestro inmoderado afán á lo desusado, á lo original y á lo ilógico, y teniendo siempre ante nuestros ojos como un espejo el caso del profesor Eroa.

Este hombre desdichado, al dar libre vuelo á sus facultades imaginativas, ha producido la extraña teoría que he expuesto y que ha sido considerada por todo el mundo, no sólo como una equivocación lamentable, sino como una aberración de su cerebro, como la prueba más clara y concluyente del extravío intelectual llevado á su grado máximo. En virtud de esta apreciación el desgraciado profesor Eroa ha sido encerrado en un manicomio.





EL CASORIO DE MICAELA

Tenía el señor Manuel su acreditada taberna en una de las calles cercanas á la Cava Baja, y tanto y aun más que sus vinos llamaba la atención su hija Micaela, muchacha frascachona y desenvuelta que en lo de bailar *apégao* y decirle una desvergüenza al lucero del alba y lucir pañolones de Manila en las verbenas y los bautizos no tenía rival desde la calle de Toledo hasta el Viaducto.

Como el señor Manuel era hacía bastantes años viudo, su hija mandaba en la casa despóticamente, *trayendo de cabeza* á su padre, pero en la taberna solo él ejercía soberano dominio.

El negocio iba viento en popa, y para ayudarle en sus tareas tabernicales tenía el señor Manuel á su servicio á un muchacho de unos diez y seis años, asturiano legítimo, de pocas palabras y aspecto embobado que se llamaba Celedonio.

*
* *

Una tarde se presentó en la taberna un mozo como treinteno, alto de cuerpo y obscuro de tez, que pidió una copa, la saboreó un momento y dijo al señor Manuel estas palabras:

—¡Buena mezclilla de Valdepeñas y Rioja con sus tres cuartillitos de agua por arroba!

Quedóse el señor Manuel con la boca abierta, porque efectivamente, la bebida había sido *confeccionada* por él, de la misma manera que señalaba la frase del mozo incógnito.

Éste, el mozo, presentaba en su aspecto la amalgama de chulo y señorito de modesta posición que es tan común en Madrid. Vestido de americana y sombrero hongo, con su bigote

negro y su pelo peinado hacia adelante, lo mismo podía ser un revendedor de billetes de teatros que un empleado de corto sueldo y aficiones flamencas.

Pero no era nada de esto. Paco Muñoz, alias el *Moreno*, que estos eran el nombre y el apodo del mozo, era hijo de una corredora de alhajas á quien le iban mal los negocios, y él, por su parte, confundía en un desprecio igualitario todos los oficios y todas las profesiones.

Desde entonces volvió el Moreno todas las tardes, y también algunas noches, á la taberna: unas veces solo, otras con amigos suyos, y siempre al beber el vino que pedía daba en frases concisas y claras su opinión sobre el *género*.

Y siempre acertando de un modo maravilloso en lo que decía. Decía, por ejemplo:—Este vino es la mitad de este año y la mitad del año pasado.— Y era verdad. Ó bien:—Aquí hay tanto yeso, tanto campeche y tanta agua.— Y era cierto.

El señor Manuel se volvía loco. En

vano era que sirviera al incomprendible bebedor los brebajes más complicados que simulan al vino. El Moreno, con aquella calma, y aquella sencillez, y aquella seguridad tan suyas, hacía en un segundo, con su privilegiado paladar, un análisis más exacto que el que pudieran hacer todos los laboratorios químicos, incluso los municipales, del mundo entero.

El asombro del tabernero fué convirtiéndose en admiración al genio y en simpatía á la persona del Moreno. A su hija no le hablaba de otra cosa que del nuevo parroquiano, y tanto pudieron los elogios paternos, que la Micaela sintió deseos de conocer aquel portento: y como su padre no la negaba nada de lo que estaba en su mano, le conoció la Micaela, y descubrió que el Moreno, además de ser el primer conecedor de vinos del universo, tenía unos ojos muy *ladrones*, y una labia que no había más allá, y un dominio sobre los hombres que daba miedo; y se quedó prendada de él como una tonta.

Al principio se hizo el interesante el Moreno; pero poco á poco se fué ablandando, y llegó á decirle á la Micaela que era una *gachí* que daba la hora y que él era un hombre que *distinguía* y sabía apreciar el mérito.

Las relaciones entre la Micaela y el Moreno fueron desde entonces por la posta, y el señor Manuel, que hizo al principio un poco de oposición sistemática (como decía el Moreno, que también hablaba en fino), cedió al fin de buen grado, arrastrado por la influencia maravillosa que en él ejercía el hijo de la corredora. Y por más que éste confesaba no poseer grandes caudales, y el tabernero, en cambio, tenía bien cubierto el riñón, el casamiento del Moreno y la Micaela se concertó con facilidad, y quedó acordado que la boda se verificara en Mayo.

*
* *

Y en un día del mes de Mayo, bajo las frondosas arboledas del Vivero,

pudo verse una de esas bodas fastuosas que suele celebrar la clase baja, pero rica, de Madrid.

Todos los amigotes del novio y del suegro; todas las amigas de la Micaela; muchas cadenas de oro, gordas como cables; muchos pañolones de Manila con pájaros y flores multicolores; mucho vino; una merienda monstruosa; un piano de manubrio que *atesoraba en su seno* la mitad del repertorio bailable de Chueca; dos ó tres guitarras, y mucho bullicio y muchas habaneras íntimas.

A la caída de la tarde estaba la fiesta en su apogeo. El vaho húmedo que subía del Manzanares no era bastante á refrescar los rostros sofocados por el bailoteo y congestionados por el vino, ni á disipar el polvo que envolvía á los bailarines.

Entonces ocurrió un incidente memorable. Celedonio, el dependiente asturiano del señor Manuel, había estado todo el día bebiendo como una esponja, pero callado como siempre, y en aquel momento la borrachera,

largo tiempo latente, estalló en él soltándole la lengua.

¡Y qué cosas dijo! Al principio eran frases vagas, sin sentido; quejas amargas de los malos tratos que había sufrido del señor Manuel, que era algo vivo de genio y un más que algo de manos; después fueron las palabras impregnándose de ironía, punzando como alfileres en el orgullo del tabernero, y por fin, haciendo transparentes alusiones á la ciencia de bebedor *analítico* del Moreno.

¡Sí, no cabía duda! El señor Manuel había sido víctima de una conjura horrible, de un complot tramado entre su yerno y Celedonio. Todo aquello de que el Moreno conocía la menor manipulación hecha con el vino por el solo acto de catarlo, era pura filfa. Desde que el Moreno se presentó por primera vez en la taberna sabía por Celedonio (que ayudaba á su amo en todas sus operaciones *vinícolas*) la colocación y el contenido de los frascos que había detrás del mostrador. Celedonio le decía:—Ayer hemos he-

cho vino con una arroba de Arganda, tres de Rioja y una de agua, y el segundo frasco de la derecha es de *eso*. —Y al día siguiente el Moreno bebía del segundo frasco de la derecha y repetía con gravedad y acento doctoral lo que sabía por Celedonio. ¡Aquello era horrible!

La furia del señor Manuel fué espantosa. Coger el garrote más cercano y empezar á palos con su flamante yerno y con su criado infiel, fué obra de un momento, y la *bronca* que se armó superior á todo lo imaginable. Porque como el vino calentaba todas las cabezas y despertaba en todas ellas poderoso espíritu batallador, los demás convidados, que nada tenían que ver en el asunto *debatido*, creyeron comprometida su dignidad y delicadeza si en él no tomaban parte, y llovían los garrotazos que era una bendición de Dios.

Pero como á veces acaece maravillosamente que aparecen los agentes de la autoridad donde más falta hacen, sucedió que se presentó una pareja de

la guardia civil, que á fuerza de muchas voces persuasivas y algunos culatazos convincentes, puso paz en aquel campo de Agramante.

Cuando todos los convidados se dirigían al ómnibus inmenso que había de volverlos á Madrid, se acercó el señor Manuel á su yerno y, dándole una mano, mientras con la otra se tentaba los dos chichones que había sacado de la batalla, le dijo:

—¡Choca ahí; que en medio de todo has tenido gracia!

Y la Micaela, que iba más hueca y más engallada que si fuera emperatriz de las Indias, á pesar de llevar el mantón de Manila hecho trizas y ostentar debajo del ojo izquierdo la señal morada de una bofetada perdida, se agarró al brazo de su marido, dirigiendo al Moreno una mirada llena de admiración y de amorosas promesas.





¡AL AGUAI

Tentaciones le dieron á Chomín de encender un cigarrillo, pero después de registrarse todos los bolsillos adquirió el convencimiento de que no tenía cerillas.

—Ya fumaré en casa—se dijo.— Las cerillas me las habré dejado olvidadas en alguna taberna.

El gabarrero Domingo Azcarreta, ó sea Chomín, como llaman en tierra vascongada á todos los que llevan el nombre de Domingo, había dejado atrás á Bilbao, atravesando el Campo Volantín, y acababa de pasar por delante de Deusto.

La tarde lluviosa y triste de invierno que estaba haciendo tocaba á

su término. La luz escasa que dejaba traslucir el amontonamiento de nubes plumizas que encubría el cielo, difuminaba los objetos, dándoles apariencias vagas, confundiéndolos unos con otros en maridajes que la claridad divorcia. La lluvia que desde por la mañana caía lentamente en finísimas gotas, aumentaba por momentos, como si la noche cercana la envalentonara; y el viento arreciaba su furia llenando el espacio de lúgubres silbidos.

En la ría, que las aguas torrenciales teñían de un color rojo sucio, los barcos sujetos por las amarras balanceábanse con rítmico movimiento á impulsos del huracán, y sus escuetas arboladuras dibujaban misteriosos y uniformes signos sobre el fondo pizarroso del cielo. No se veía alma viviente: la gente huyendo del temporal se había refugiado en las casas ó en los barcos surtos en el Nervión. De cuando en cuando, casi apagados por los rugidos del vendabal subían del ensombrecido cauce chirridos de

cadenas que semejaban lamentos.

Chomin iba alegre: había pasado la tarde haciendo *estaciones* en las tabernas de Achuri y la calle de San Francisco, y había merendado *merlusita* guisada en casa de Chinostra, que era por aquel entonces, y quizá siga aún siéndolo, el bodegón más popular y más típico de Bilbao. Pero aunque iba alegre no iba borracho el atlético gabarrero; tenía sus sentidos cabales y el paso firme, é iba á Olaveaga, á su casa, á cenar con la mujer y el chico para trabajar al día siguiente transportando carga en la gabarra.

Por la misma orilla de la ría, en sentido contrario á Chomin, hacia Bilbao, apareció un inglés dando traspies, borracho como un cesto, con la pipa apagada por la lluvia en la boca. A juzgar por su aspecto debía ser un marinero de alguno de los vapores destinados á llevar mineral de hierro á Inglaterra.

Al llegar el inglés, haciendo caprichos esos, junto á Chomin, se paró

en firme abriendo mucho las piernas, y le pidió fuego diciéndole trabajosamente:

—*Dame* usted fuego, fuego *to light my pipe*..... la pipa ¡pronto!

—No tengo fuego, —contestó Chomin; pero el inglés, que no entendía ó no se convencía, insistió con la pesadez peculiar á los borrachos de todos los pueblos, y empujando violentamente á Chomin y dando chillidos guturales le llamó *drunkard* (borracho).

Y como por su mucho trato con gente británica entendía Chomin algunas palabras de su idioma, se indignó y contestó al inglés diciéndole con brío:

—¡Rediós, que no tengo fuego, demonche! No seas lerdo ó te pego un mangazo. ¡Mira que llamarme á mí borracho cuando él no se puede tener!... ¡No empujes ó te atizo, demonche!

La respuesta del inglés á este discurso consistió en dos *trompis* dados con todas las reglas del arte, y Cho-

mín, que nunca había tenido afición al arte pugilístico.... como *paciente*, agarró á su antagonista por enmedio del cuerpo, forcejeó un momento con él, y acabó por tirarle de cabeza á la ría por encima del parapeto del muelle, como un fardo.

El cuerpo del borracho desapareció entre las rojizas aguas de la corriente, pero al cabo de un instante salió á la superficie barboteando y manoteando desordenadamente, con el desesperado esfuerzo que infunde el instinto de conservación.

Arrepentido ya Chomin de su fechoría miraba con atención á la ría, taladrando con desmesurados esfuerzos visuales la obscuridad creciente y la espesa cortina de agua que pendía del cielo, y veía con asombro que el inglés se hundía, que se ahogaba, que no sabía nadar ó la borrachera le ataba brazos y piernas.

De pronto, sobre el fragor del temporal, se elevó una voz tristísima, la voz del marinero inglés que pedía socorro, gritando con angustia infinita:

—*¡Help! ¡Help!*

Chomin no vaciló: con tres rapidísimos movimientos se despojó de las botas altas y del chaquetón y se tiró al agua.

La obscuridad era ya casi completa; como formando extraña armonía con el graneado rumor de la lluvia y los bramidos de la ventisca, empezó á oirse el toque de la oración que lanzaban melancólicamente las campanas de la iglesia de Deusto; se oía en la ría el ruido del agua, agitada por los esfuerzos de los dos hombres, como si luchasen, y la voz de Chomin que decía:—Suelta, animal, que nos ahogamos los dos... no seas lerdo,.. ¡suelta, que así saldremos!...

Después sólo se oyeron las voces vagas y los gemidos de agonía de los dos hombres que la ría arrastraba hacia el mar, abrazados y luchando cada vez con menos fuerza.

Después nada: sólo el murmurio grave y monótono de las aguas de la ría, el golpeo crepitante de la lluvia, y, entre ráfagas de viento, de cuando

en cuando, el clamor triste de las
campanitas de Deusto... lejano.....
lejano.





LA JOTA EN EL INFIERNO

Yo nací en la parroquia de San Pablo de Zaragoza y me morí de puro borracho, estando cenando en Noche Buena.

Tan pronto como abandoné mi cuerpo terrestre y endosé el *otro*, el etéreo y sutil que reviste el alma en tal caso, y del que tanto me reí cuando de él tuve la primera noticia leyendo una obra de Luis Figuiet, me dí á vagar por los espacios interplanetarios, que estaban, por cierto, fríos como el hielo.

Por allí andaba, sin que nadie me dijera «por ahí te pudras,» y á lo mejor pasaba por mi lado, volando y dando volteretas, un planeta gordote

que me pasaba por las narices el polo que tenía más frío. Yo me iba entumeciéndose y aburriendo, y decidí buscar refugio.

Ví á lo lejos el resplandor de una luz blanca, purísima, y mi instinto de sér supraterráneo me advirtió que por allí era el Cielo.

Con vuelo raudo, para el que no necesité de ningún otro esfuerzo que el de mi voluntad, me llegué á la entrada de la mansión celeste, dí repetidos golpes á la puerta, y nadie me contestó. Por las rendijas de la puerta, y entre ráfagas de la luz que me había servido de dirección y norte, oía yo salir ruidos de alegría y estruendo de algazara. Era que celebraban en la Gloria la Noche Buena y apliqué el oído, procurando analizar los sonidos confusos y mezclados que hasta mí llegaban.

Por algunos lados tenía el festejo mucho de solemne, y se oían graves discursos de bienaventurados que sin duda habían sido en el mundo teólogos profundos y oradores famosísi-

mos; por otras partes se escuchaban pausados compases de deliciosa música, que sin dejar de ser cosa del cielo parecía de Beethoven; y ¡Dios me perdone! pero me pareció oír que en algún rinconcito no muy lejano se daban ¡olés! y se rasgueaban guitarras y se cantaba por la *jondo* con el estilo más puro y más castizo de la tierra de María Santísima. Por estas señas entendí que en el Cielo festejaban la humanización de lo divino humanizando la Gloria.

Oí las voces de los bienaventurados que se acercaban á la entrada, y cobré esperanza cuando mi instinto me advirtió que eran dos ángeles los interlocutores; pero no oyeron tampoco mis gritos ni mis golpes á la puerta y siguieron de largo pronunciando nombres españoles que en mi turbación confundí con los de algunos célebres cosecheros de Jerez.

Comprendí que la baraunda de dentro impedía que yo fuera oído; me helaba, no hasta los huesos porque no los tenía, pero sí de un modo extrate-

rrenal capaz de desafiar á todos los termómetros posibles, y decidí marcharme á otra parte. Y como nunca he sido partidario de los términos medios, y como había oído muchas veces en la tierra que el Infierno es un sitio caliente, me dí á buscar el Infierno sin tratar siquiera de saber hacia donde cae el Purgatorio. Además de que, después de un detenido examen de conciencia, reconocí que lo que yo había hecho en vida sólo á entrar en el Infierno me daba derecho.

Pronto un fulgor lejano, intenso y rojizo, que cercaban tinieblas negrísimas, me advirtió el camino del Infierno, que recorrí en un instante.

Al llegar á la puerta del lugar maldito oí un estrépito verdaderamente infernal, el fragor de una lucha gigantesca; y destacándose sobre los clamores de la batalla como notas guerreras de clarines, voces potentísimas que proferían interjecciones muy españolas.

Me quedé aturdido. ¡Y yo que estaba en la creencia de que en Noche

Buena hasta el Infierno está tranquilo! ¡Bonita tranquilidad la que parecía haber por allí dentro!

Pero ya estaba dispuesto á todo y llamé. De dentro oí voces que con el más puro acento aragonés me gritaron:—¿Qué *quiés*, *rediós*? Aquí no abrimos hoy ni al *sursum corda*.

Apliqué el oído, como había hecho en la puerta de la Gloria, y del atornador vocerío vine en conocimiento de que había habido una *culebra* en el Infierno, algo así como una lucha intestinal en que los aragoneses habían llevado la mejor parte contra Lucifer, y entre otras posiciones estratégicas se habían posesionado de la puerta del Infierno.

Volví á llamar y á gritar que me admitieran, pero me contestaron:—Hoy no hay puerta. ¡A paseo!

Entonces traté de explotar el prurito batallador de mis paisanos y les dije:—Sois unos cobardes. Yo venía á ayudar á los demonios contra vosotros y os valéis de vuestra situación para ahorraros un enemigo.

¡Quién tal dijo! En el acto saltaron hechos trizas los cerrojos de la puerta que sin esperar á abrir debidamente tiraron con ímpetu hacia dentro, y me encontré con multitud de puños amenazadores.

Al verme solo y aterido, uno de aquellos energúmenos, que parecía ejercer sobre los demás alguna autoridad, dijo:—*Estaisus* quietos y *dejaile* que se explique.

Enseguida nos entendimos; y no fué poca parte á ello el acento de la tierra que nunca he podido disimular y que en aquella ocasión me esforcè en que fuera todo lo más *baturro* posible; y convertidos ya en amigos y *compañeros* míos, me enteraron los condenados de la cuestión que les traía tan iracundos y peledores.

Los aragoneses que había en el Infierno habían querido celebrar la Noche Buena cantando la Jota, y habían pedido á Lucifer los guitarrillos y las guitarras que se guardaban en los almacenes del Infierno; pero Lucifer no había entregado los guitarrillos y

había prohibido el cantar jotas. Esta decisión arbitraria y tiránica, que les confundía con los condenados de condición más mansa, había excitado de tal modo la cólera de mis paisanos que, rebelándose contra la primera autoridad infernal, habían intentado apoderarse á viva fuerza del *Pandemonium*, la fortaleza inexpugnable que forma como el corazón del Infierno, donde tiene su palacio Lucifer, como ya averiguó Milton, y donde estaban los guitarrillos. No habían logrado su objeto principal los aragoneses porque el *Pandemonium* seguía en poder de Lucifer y demonios subordinados, pero se habían apoderado de casi todo el resto del Infierno y se preparaban á dar el ataque decisivo.

Al oír este relato manifesté yo mi extrañeza por el relativo triunfo alcanzado por mis paisanos, pues yo creía que en el Infierno el poder y la autoridad de los demonios eran absolutos sobre los condenados; pero á esto me contestaron que yo estaba en un error, que en el Infierno los conde-

nados terrestres, los que han sido hombres, tienen ciertamente menos poder que los demonios, pero no hasta el punto que se cree por lo general. Los demonios, me decían, son al fin y al cabo condenados también, aunque de procedencia celeste; son *ex-ángeles* castigados por su rebeldía, y Dios permite las derrotas vergonzosas que á veces sufren como humillaciones impuestas á su orgullo y su soberbia.

Estas explicaciones me dieron la razón de lo que estaba yo viendo hacía rato, llamándome poderosamente la atención, y era que mis paisanos más parecían demonios que otra cosa. Sus cuerpos ágiles y vigorosos, su color negruzco, hasta los conatos de rabos y cuernos que los más antiguos ostentaban, les daban apariencia verdaderamente diabólica. Yo mismo, en el poco tiempo que llevaba sopor-tando el calor horrible propio de tal lugar y respirando aquella atmósfera espesísima que parecía formada por los vapores rojizos, sofocadores é irri-

tantes que se desprenden del ácido nítrico cuando se le pone en contacto con el cobre, había sufrido una transformación completa, y en vez del cuerpo vaporoso y ténue con que había salido de la Tierra, me admiraba encontrarme con un cuerpo fortísimo, apto para padecer toda clase de sufrimientos y martirios, de mutilaciones y temperaturas.

En estos razonamientos estábamos cuando vimos llegar un condenado que había sido en el mundo un diplomático de fama y que venía comisionado por Lucifer para parlamentar con los aragoneses. El Rey del Infierno, que sin duda se veía muy comprometido, convenía en entregar los guitarrillos y en que se usara de ellos, pero mantenía la prohibición absoluta de cantar. Esta prohibición reconocía por causa el que Lucifer, más que al ruido, tenía miedo á la letra de las canciones que solían *sacar* los aragoneses, á las canciones en que su autoridad de jefe salía siempre maltrecha y escarnecida.

Sonaban ya entre mis compañeros vociferaciones de protesta; pero la misma voz que había ordenado que me abrieran, y que pertenecía á un condenado á quien todos obedecían y llamaban el tío *Morricos*, resonó diciendo:—Bueno, bueno. *Acetao*.

Al poco rato salieron del almacén del *Pandemonium* los guitarrillos y se empezaron á tocar pasacalles y rondallas; hubo luego un momento de silencio, sonaron los acordes de la Jota, y de repente la voz potente del tío *Morricos* que gritó:—¡Allá va!— Todos los aragoneses contestaron á una voz:—¡Venga!—y cantó así el tío *Morricos*.

Aunque sea en el Infierno
la tenemos *de* cantar,
á la reina aragonesa,
á la Virgen del Pilar.

Al oír la Jota, y sobre todo al oír el nombre de la Virgen, el furor de Lucifer y los suyos fué espantoso. Volvió á encenderse la lucha, lucha enorme, titánica, á cintarazos, á cornadas, á *rabazos*; peleaban los ara-

goneses como demonios y los demonios como aragoneses; veía yo armas que ni siquiera había imaginado, saltos monstruosos, heridas no pensadas que á pesar de su atrocidad no producían la muerte; cabezas hendidas, cuerpos divididos por el medio que volvían á reconstituirse entre raudales de sangre negruzca; intestinos esparcidos por el suelo á semejanza de los rollos de cordaje que se ven en las cubiertas de los barcos; todo esto entre oleadas de fuego, entre torrentes de petróleo ardiente, de brea llameante, de metales derretidos, de lava hirviente que vomitaba la artillería inférral desde el *Pandemonium*.

En lo más intrincado de la lucha ví al tío Morricos esgrimiendo con furor un arma corva que me pareció gigantesca navaja de Albacete. Miré con atención y pronto supe lo que era aquella arma extraña; era el cuerno de un demonio de alta graduación que Morricos había arrancado de un tirón hercúleo de la frente de uno de sus contrarios.

El cansancio, ya que allí nada podía la muerte, suspendió el combate después de haber logrado los aragoneses rechazar á las legiones demoniacas hasta el *Pandemonium*, pero sin conseguir apoderarse de esta fortaleza.

Como tal estado de cosas era muy violento, Lucifer hizo lo que hacen los gobernadores civiles en España cuando se declara el estado de sitio entregando el mando á la autoridad militar: mandó un emisario al Cielo para que diera cuenta de la situación en que estaba el Infierno, y dijera que él era impotente para restablecer el orden.

El emisario volvió cariacontecido. La respuesta que traía era que desde el año siguiente se concedía á los aragoneses el privilegio de cantar y tocar la Jota en Noche Buena. La Virgen del Pilar había intercedido poderosamente para la concesión de esta gracia.

Al siguiente año, efectivamente, pasaron mis paisanos la Noche Bue-

na tocando y cantando y bailando jotas hasta rendirse y desgañitarse, sin que nadie les pusiera ningún inconveniente, á pesar de sus canciones insultantes y revolucionarias, pero al amanecer tiró al suelo el guitarra el tío Morricos y nos dijo:—¿Sabéis, *maños*, que esto ha *estao mu* soso?—Y todos convinieron en que, efectivamente, no se habían divertido ni la mitad que en la Noche Buena anterior. Aquello de no tener ni un mal diablejo que les buscara pelea no tenía maldita la gracia.

Inmediatamente pidieron como favor especialísimo que descendiera alguna autoridad celeste para demandarle una gracia. Fué oída la petición, bajó San Miguel y preguntó á mis paisanos:

—¿No estáis aún contentos? ¿No podéis ya cantar jotas? Pues ¿qué más queréis?—Y el tío Morricos, que llevaba como siempre la voz cantante, contestó al enviado del Empíreo:— Pus queremos que no nos dejen cantar la Jota.—¿Para qué?—Pus pa eso,

pa cantala sin *premis*o y darles á los demás en los morros.—Pues si no es más que eso ya lo tenéis concedido —contestó San Miguel y se volvió al Cielo, después de ordenar á Lucifer que prohibiera cantar el canto popular de Aragón.

Por tanto, ya tenemos prohibida este año la Jota los aragoneses del Infierno, y estamos gozando lo que no es decible pensando en el *jollin* que se armará en esta Noche Buena cuando asaltemos el almacén de las guitarras y cantemos á grito pelado la Jota.

Porque la cantaremos; ¡pues no faltaba más! ¡Para eso nos lo han prohibido!





LA ÚLTIMA SALIDA

En los muros de las esquinas y en los aparatos anunciadores atraían poderosamente las miradas los grandes carteles que, con enormes letras rojas, anunciaban para aquella noche un suceso notable: la reaparición y despedida del clown Whetstone en el circo recientemente inaugurado entonces en la plaza del Rey con el nombre del viejo Price.

—¿Quién es Whetstone?—se preguntaba todo el mundo, y pocos encontraban respuesta á la pregunta. Sólo algunos viejos recordaban al clown anunciado, y aquellas letras rojas que decían: *¡Reaparición de Whetstone!* les hacían volver los ojos

á los lejanos días juveniles; y sugestionados por la vista de aquel nombre, tan olvidado ya, hacían la evocación melancólica de los placeres de antaño, y contaban á los hombres de la generación nueva las proezas de Whetstone, el primer clown inglés que había *trabajado* en España, el innovador atrevido que había llegado, hacía ya treinta años, á arrancar de las manos de la antigua payasería italiana el cetro de la gracia y la destreza.

¡Whetstone! ¡Y después de tanto tiempo volvía á Madrid, al pueblo que había rodeado con el nimbo de la popularidad la enharinada cabeza del clown!... Había que ir á verlo, aunque hubiera que perturbar por una noche los hábitos reposados de la vejez... dejar el café con su obligada partida de dominó, dejar la silla del Prado con el inocente espectáculo de las niñas jugando al corro.

*
* *

Brillante aspecto presentaba el

Circo al acabar la primera parte de la función. En la extensa gradería una multitud abigarrada é inquieta se agitaba en los asientos chillando y hablando en alta voz, fumando á pesar de la prohibición que intimaban, *de orden de la autoridad*, los cartelillos que se veían en las paredes y en las columnas de la sala.

Iba ya á empezar la segunda parte, y el primer número lo constituía la reaparición de Whetstone, reaparición que era al mismo tiempo la despedida del clown á la arena de los circos, su adiós á todos los públicos. Los aficionados que acostumbran á ver la representación á pie firme, desde el paseo, discutían la personalidad del antiguo clown; los viejos hacían su caluroso panegírico, pero la gente joven desconfiaba: ¡venirles á ellos con clowns de fama después de haber visto trabajar á Bill Holden!

Acabó la orquesta con un golpe seco la sinfonía y después de un momento de silencio lleno de curiosidad,

salió á la pista Whetstone acompañado de los inseparables Low y Knight, los dos clowns favoritos y mimados del público, que aquella noche habían decidido trabajar modestamente para que sólo se luciera Whetstone.

Con sus sesenta años corridos, su aspecto tembloroso y emccionado, su cuerpo esqueletado, sus piernas delgaduchas embutidas en calzones de anticuada forma y deslucidos colores, con las arrugas de su cara cubiertas de chafarrinones, que en vez de fingir la risa remedaban mueca de dolor, el pobre Whetstone daba grima.

El viejo payaso, algo animado por los aplausos con que le habían acogido los aficionados antiguos, empezó su trabajo. ¡Pero qué trabajo! Los ejercicios que ejecutan todos los clowns, los más vulgares, los más repetidos. Al menos ésta era la opinión de la mayoría del público, que no consideraba que el inventor de todos aquellos ejercicios había sido Whetstone y que de él los habían copiado los demás payasos.

Lo más triste era que los viejos notaban con espanto que Whetstone ya no les divertía como antaño; no. Le aplaudían para animarle, ¡por compasión!, pero sin entusiasmo. Había que convenir en que Whetstone había perdido la gracia ó ellos la facilidad de divertirse.

El fiasco del pobre payaso se acentuaba. Él hacía indudablemente todos los esfuerzos posibles por apoderarse del público, pero sus gracias se estrellaban contra la animosidad ambiente. Se le encontraba soso, anticuado. Aparecían sus farsas impregnadas de una melancolía especial, de una alegría falsa, de una gracia siniestra y fúnebre que helaba el entusiasmo del público que va al Circo á reir y á divertirse, y que ni siquiera tenía el humorismo que presentan los trabajos de algunos clowns novísimos. Daba un saltito, hacia una pirueta, y no producía más resultado que la risa aislada y sin eco de algún chiquillo; y el infeliz se agitaba de un lado para otro de la

pista traqueteando su amplio ropaje ajado y descolorido que hacía resaltar la sencilla riqueza de los trajes de seda negra bordada de oro con que sus dos compañeros ceñían estrechamente sus juveniles y musculosos cuerpos.

El público empezó á cansarse. Los jóvenes siseaban, luego proferían en coro risotadas irónicas que se terminaban en seco, como al golpe de una batuta, cuando Whetstone hacía alguna cosa insignificante, como estirarse los brazos ó subirse los calzones, ó ponerse el picudo sombrero. Y subía de punto el barullo cuando el clown decía algún chiste antiquísimo con su voz chillona y temblorosa de viejo.

Los aficionados antiguos habían renunciado ya á la lucha, y dueños los jóvenes del campo empezó el acompasado taconeo y el golpear de bastones contra las tablas produciendo ensordecedor estrépito. Se desconcertó Whetstone; trató de apoderarse del público con una de sus antiguas

habilidades, con el célebre salto mortal desde las sillas, y por lo pronto consiguió el silencio expectante que precede á los trabajos arriesgados de los circos. El mónstruo, el público callaba al ver que el payaso mandaba colocar algunas sillas encima de una mesa.

Comprende Whetstone que no hay que perder un momento, pone un pié en el respaldo de cada una de las sillas que separa algunos centímetros y, haciendo una llamada suprema á su fuerza caduca, tiende con dolorosa tensión su flojos músculos, y da el impulso...

Pero sus fuerzas no son las de sus buenos años; se le va un pié, resbala, y el cuerpo impulsado con violencia cae pesadamente, dando con la cabeza fuerte golpe en el borde de la mesa; y el infeliz queda tumbado, sin sentido.

Sus dos compañeros, comprendiendo el percance, quieren disimularlo, dan cuatro gritos destemplados como llorando grotescamente á un difunto,

y agarrando el desmadejado cuerpo de Whetstone y llevándolo á pulso, en volandas, se retiran corriendo.

¡Qué tempestad entonces! El público que cree que se trata de alguna farsa ideada por el anticuado Whetstone, de alguna de las rancias gracias de su repertorio, silba, pateo, aporreando las tablas del circo con los bastones, y en medio de infernal estrépito grita, á pesar de haberse retirado los clowns:

—¡Fuera! ¡Fuera!

*
* *

Cuando después de un gran rato el pobre Whetstone recobró el sentido, gracias á los cuidados de un médico, oyó desde el cuartucho del circo en que se hallaba, y á través de las tablas que le separaban del público, un aplauso nutrido, caluroso, enorme.

Era que el respetable público despedía á Miss Lucy al retirarse ésta de la pista después de terminar su *número*. Y en verdad que el aplauso era justificado, porque Miss Lucy era

una *écuyère* que ejecutaba torpemente los acostumbrados y resabidos trabajos de *panneau* sin novedad alguna, pero que presentaba á los ojos del público, con ligerísimo traje, la magnífica exuberancia de sus formas femeninas, una juventud sanísima, potente y robusta, y una belleza esplendorosa que en la aureola de su abundante cabellera rubia tenía algo de encantadoramente diabólico.

Volvió á resonar una segunda y entusiasta salva de aplausos: el demacrado rostro de Whetstone se contrajo dolorosamente, y abriendo dos surcos oscuros en el albayalde que le cubría, y destiñendo el carmín que fingía desmesurados labios, dos lágrimas ardientes y amarguísimas corrieron sus mejillas.

Abrióse entonces con violencia la puerta del cuartito, y como un torbellino, con el turgente pecho casi descubierto y jadeante, con su dorada cabellera agitada como un haz de llamas, entró Miss Lucy, corrió á donde estaba tendido Whetstone y

abrazándose al viejo le besó en los ojos, en las mejillas, en la frente, sin saciarse de acariciar la pintorroteada cara del clown y exclamando entre sollozos:

—¡Mi pobrecito viejo! ¡Viejecito mío!

Y las lágrimas de Whetstone corrieron más copiosas; pero ya no tenían la amargura de antes: eran lágrimas que desahogaban el pecho del pobre viejo; eran lágrimas en que su desesperación, su desencanto y su rencor á todo lo humano se fundían, se diluían y acababan por desaparecer; eran lágrimas de agradecimiento y de ternura infinita, de dulzura inefable.





PROSELITISMO

Tenéis razón al encontrarme esta tarde taciturno, —dijo Luis Vela dando el primer sorbo al café que acababa de servirle el mozo— y como no solemos ocultarnos nada entre nosotros, y como, por otra parte, no tiene nada de criminosa la causa de mi modorra, voy á deciros lo que la motiva.

Esta mañana me paseaba por la Rambla de las Flores disfrutando las delicias del hermoso día de abril que está haciendo y recreándome en la contemplación de las mil muchachas bonitas que, después de asistir á la misa dominical, daban su paseito de exhibición acostumbrado, antes de

marcharse á comer ó almorzar. La vista de tanta mujer bonita, los aromas gratísimos de tantas flores como atestaban los puestos de venta, y el calorcillo del sol, que sentía bastante por primera vez en el año, me tenían alegre, animoso y con una facultad de enternecimiento desusada en mí. Este exceso de ternura mía necesitaba algún desahogo y pronto lo encontró.

Según pasaba delante del colmado *La Azucena*—título, por cierto, bien extraño para vender comestibles—vi dentro de la tienda una preciosa y delicada cara de mujer y un vestido blanco, y ya no necesité más: allá me entré sin saber qué pedir, devorando con la vista la mujer que me atraía y que, acompañada de otra ya vieja, de cuerpo anguloso y desgarbado vestido de negro y cara áspera en que descollaba una nariz coloradísima, daba las señas de uno de los mejores hoteles de Barcelona para que llevara un dependiente las compras que habían hecho: pastas para tomar el the

y otras golosinas. Habló también, aunque poquísimos, la vieja, y por el nombre que como suyo pronunció y por la manera de decirlo comprendí que era inglesa y supuse que era hija suya la joven del vestido blanco. Era ésta una muchacha que apenas llegaría á los veinte años, de tez delicadísima y sonrosada que á las claras dejaba ver su procedencia de los países donde el sol no quema; de ojos de un azul indefiniblemente obscuro, casi negro, y de crencha rubia, de un rubio verdaderamente áureo, pues sólo en el oro parecen posibles los tonos brillantes y las luces leonadas de aquella cabellera cuya visión aun guarda mi retina. Y era su vestido suelto, flotante, blanquísimos, de una de esas telas ligeras que á pesar de su ligereza tienen una opacidad simpática y pliegues de paños de estatua griega, de uno de esos tejidos que no sé si se llaman surah, ó batista, ó velo de religiosa... ¡ó demonios coronados!

Iban á salir, y como tuviera yo que

apartarme del sitio que ocupaba en la diminuta tienda junto á la entrada, lo hice apresuradamente, y entonces la mujer del vestido blanco me dió las gracias, al pasar, con una sonrisa seráfica y un gallardísimo movimiento de cabeza. Quedéme un poco aturdido; pedí al dependiente, que me preguntaba «qué deseaba», queso de Gorgonzola, y mientras el mancebo amputaba del queso un trozo de media libra, enseñándome con el cuchillo las manchas más verdosas y diciéndome «no lo come mejor ni el rey de Italia» yo pagaba para estar más pronto listo. Me dieron mi queso envuelto en un papel y atado con una cintita de alegres colores y salí á la Rambla.

Ya iban las dos mujeres algo lejos, Rambla abajo, hacia el puerto, pero pronto entre las oleadas de gente las descubrió mi vista á los rayos del sol, que caían tamizadas por las hojas aun pequeñas y fresquitas de los plátanos.

Seguía yo embelesado á mi inglesa y veía que al ceñírsele el vestido,

á impulso de sus movimientos ó del viento, dejaba adivinar formas alargadas, finas, delicadas, pero preciosamente modeladas; algo así como la obra de un artista que fundiera en una estatua el arte gótico más puro y místico de las vírgenes que son gala de las catedrales medicevas con la majestuosidad, la armonía y la vida de las Ateneas de Fidias, y una de las veces que nos hallábamos más cerca volvió de repente la cabeza, reveló al pronto su rostro como una pasajera y agradable sorpresa de mi persecución, y volvió á dirigirme una sonrisa como la que ya me había deslumbrado en la tienda. Con aquel flotante vestido blanco sujeto por un cinturón de cuero sin teñir que llevaba mi inglesa; con su sombrero de paja, cuya ala grande redonda y alzada daba á su rostro delicadísimo un nimbo de oro como los de las personas celestes de los mosaistas bizantinos, parecía—no lo teméis á noveleerías mías—parecía un angel, algo, en fin, sobreterrenal.

y enarcaba las poco pobladas cejas haciendo temblar las gafas que sujetaba en las orejas.

No me hacía ilusiones respecto de *mi físico*, por más que no sea del todo malo, y esto me hacía dar vueltas á mi magín para hallar la razón de aquella conquista tan fácil, tan rápida, de aquel enamoramiento en una sólo sesión, y sobre todo de aquella aquiescencia, y más que aquiescencia apoyo y casi invitación de la vieja, y creía acercarme á la resolución del enigma atribuyendo todo ello al *romanticismo viajero* de las dos mujeres. Sí, allí podía haber algo de realización de aventuras romancescas, de las que sin duda ellas habrían leído en las infinitas novelas que ven la luz todos los días en Inglaterra y que, escritas en su mayoría por mujeres, están impregnadas, por lo general, por un sentimentalismo pegajoso; y sobre todo, influiría ese afán á lo exótico, á lo meridional, que siente todo inglés que se tiene en algo, esa comezón de curiosearlo todo que le

lleva á dejar las comodidades de su *home* para afrontar las molestias de los viajes mas estrambóticos.

Todos estos razonamientos que yo hacía y que hubieran debido servir para amortiguar mi ardor amoroso (porque el amor es enemigo del análisis) valían, por el contrario, para rodear de una aureola extraña de matices complicados la persona de mi *inglesita*, y servían de acicate, si no á mi corazón, á mi cerebro, que era en todos estos tiquis-miquis el que andaba más comprometido.

Levantáronse, en esto, las mujeres y empezaron á andar dejándose olvidado el libro, aquel libro negro que las dos leían. Ví en este olvido inencionado ó involuntario, una magnífica ocasión de salir de mis indecisiones, dejé alejarse á las dos mujeres nos cuantos pasos y adelantándome entonces hasta donde ellas habían estado sentadas, cogí el libro que había de prestarme tan gran servicio ví, no sin un poco de estupor, que vez de ser una guía de viaje como

me había supuesto, era nada menos que un ejemplar de la Biblia, *The Holy Bible* según rezaban en el lomo y la cubierta negra anchas letras de oro. No era ya cosa de renunciar á mi proyecto y me adelanté, con el libro en una mano y el queso de Gorgonzola y el sombrero en otra hacia las dos señoras, que al notarlo vinieron á encontrarme, trayendo impresa el rostro de la joven tal alegría y sonriendo de una manera tan angelical que perdí el poco seso que aun tenía y la entregué el libro, no así como así, sino chapurreando en castellano, mezclado con el poquísimo inglés que sé, las frases amorosas más ardientes que he pronunciado nunca, desbordándoseme de la boca la declaración más estupenda, más sin sentido común que podéis imaginaros.

La inglesa me miró con ojos llenos de asombro, dejó de sonreír y me dejó patitieso, diciéndome en un castellano bastante aceptable, aunque con pronunciación y entonación horrorosamente británicas:

—¡Oh, no! soy casada. Soy la esposa de un ministro anglicano, y si mi mamá y yo animábamos á usted para que se nos acercara, ha sido porque creíamos que usted era un *joven español* que deseaba convertirse al protestantismo.

.....
¡Era una *clériga!*





EL CAMPEÓN DEL MUNDO

Cuando Serafín Giménez recibió calabazas en el examen de ingreso en el cuerpo de Aduanas, después de haberse convencido de que tampoco entraría en la Academia Militar de Toledo, donde le habían *calabaceado* también, se marchó á Alcornocal del Arroyo, donde había él nacido y era su padre alcalde.

En los sobrados ocios que le habían permitido á Serafín sus infructuosos estudios, se había dedicado con todas sus potencias al noble ejercicio del velocipedismo, y había llegado á ser en Madrid uno de los más diestros *velocemen*. Así es que al presentarse Serafín en su pueblo no fué ni su bi-

gote incipiente, ni sus maneras desenvueltas, ni sus trajes elegantes de forma inglesa lo que más llamó la atención de los honrados vecinos de Alcornocal, sino su bicicleta, una bicicleta niquelada, reluciente como una joya y que le había costado quinientas pesetas.

El hijo del alcalde se convirtió en poquísimos días en la persona más importante, más comentada y más discutida é imitada de Alcornocal. Eran sus palabras decretos inapelables del buen gusto, sus corbatas modelos, sus dicharachos chistes novísimos, sus aficiones norma y patrón á que ajustaban los demás sus aficiones.

¿Montaba en bicicleta? Pues todo el mundo á ser velocipedista; y en un dos por tres se vió el pueblo cruzado en todos sentidos por caballeretes extravagantemente vestidos que con las manos en el manillar y los pies impulsando furiosamente los pedales de sus respectivos velocípedos acababan por desaparecer en el polvo de las cercanas carreteras.

Con tales elementos activos, y algunos otros aficionados platónicos que no *montaban*, se fundó al poco tiempo el «Veloz-Club Alcornolino», nombrándose para presidirlo á Serafín Gimenez; y como la fundación del Club vino á coincidir con los trabajos preparatorios de la fiesta del santo patrón de Alcornocal, dispuso el Ayuntamiento en pleno, á propuesta del dignísimo alcalde, que se verificara una carrera *continental* de velocípedos en la que se daría al vencedor el título de *Campeón de Europa*, y que de organizar y llevar á ejecución este festejo se encargara al flamante Club.

Claro es que el hijo del alcalde, que era el mejor velocipedista de Alcornocal, no se creía el mejor velocipedista de Europa, pero sin embargo, no pecaba de demasiado presentuoso al creer, como efectivamente creía, que él sería el que ganara el premio de la carrera. Para eso era su padre alcalde y había dispuesto las cosas de manera que Serafín viera satisfecha su nobilísima ambición. El premio,

además del consabido título, consistía en una medalla de bronce costada por el Ayuntamiento, y claro era que con tan menguada recompensa no habían de acudir velocipedistas de *luc-ñes* tierras. Para más asegurar el golpe se publicó el anuncio de la carrera únicamente en el periódico bimensual titulado *El Ecode Alcornocal del Arroyo*, del que jamás se supo que saliera del pueblo ejemplar ninguno.

Los únicos que podían enterarse, á pesar de todas estas precauciones, eran los velocipedistas del pueblo de Villamula, pero á estos ya sabía el hijo del alcalde que no tenía que temerlos; eran pocos, tenían malas máquinas y todos corrían menos que él.

Por fin llegó el ansiado día, las carreras se verificaron, y el venturoso Serafín pudo ufanarse con el título de *Campeón de Europa*, firmado por él mismo como presidente del Club y con el visto-bueno de su padre como alcalde.

*
* *

Pero los desdenados velocipedistas

de Villamula sentían sus ánimos cruelmente atormentados por el torcedor de la envidia y por el afán de la revancha.

No podía Villamula, como pueblo más pequeño que Alcornocal, permitirse el lujo de tener muchos velocipedistas; tenía pocos, es verdad, pero esos pocos sentían sus pechos henchidos de orgullo patrio y estaban dispuestos á sacrificar generosamente sus comodidades, su dinero y hasta su salud por dar brillo y esplendor al nombre de su lugar nativo.

Componíase la «Sociedad velocipedista de Villamula» del modo siguiente: era Presidente D. Juan Seco, un chico joven, melancólico y huérfano, que vivía, merced á la escasa hacienda heredada de sus padres, con la fazienda y la prosopopeya de un hidalgo antiguo, y que poseía una bicicleta comprada de lance en bastante buen uso y arreglada por el herrero del pueblo; como tesorero figuraba Policarpo el albéitar, hombre de unos cuarenta años, gordísimo, ordinariote, pero

muy entusiasta por los adelantos modernos, entre los que según él era el más importante la velocipedia: á pesar de su entusiasmo montaba un armatoste de hierro de descripción imposible, una máquina chirriante y escandalosa que á cada momento se desvencijaba, dando con la humanidad de su propietario en tierra; y desempeñaba las funciones de Secretario *Berruquete*, muchacho fogoso y de aficiones poéticas, que no montaba porque no tenía velocípedo, y á quien llamaban así, *Berruquete*, porque á su tío el boticario titular, á quién servía de mancebo ó ayudante, solían darle el remoquete de *Verruga*, á causa de cierta excrecencia carnosa que cabalgaba graciosamente sobre la nariz del farmacéutico.

Y no había más cargos... ni más socios.

Cuando más tristes estaban los velocipedistas de Villamula por el título que ostentaba y lucía el hijo del alcalde de Alcornocal, invadió el cólera algunas provincias españolas, y Villa-

mula, siguiendo en esta ocasión su conducta de siempre en tales casos, se aisló, tapió las entradas de sus calles que daban al campo, estableció un turno de vecinos armados para rechazar á tiro limpio á cualquiera que quisiera acercarse al pueblo, y se proclamó en cantón sanitario independiente.

Y esta fué la ocasión para la Sociedad Velocipédica. Utilizando también la fiesta anual del pueblo, que por aquel entonces debía celebrarse, organizó una carrera *internacional* en la cual el vencedor obtendría el título de *Campeón del Mundo*, y además media docena de pañuelos para bolsillo, primorosamente bordados por una tía solterona de D. Juan Seco.

¡Con qué febril ansiedad esperaban los velocipedistas de Villamula el día señalado para la carrera! ¡Con qué minuciosidad más cuidadosa hicieron los preparativos! Todo se dispuso en un momento: la pista ó velódromo sería la anchurosa plaza del pueblo; los corredores: Seco, que ganaría la ca-

rrera como era natural, y Policarpo el albéitar, que corría con el único objeto de que el acto tuviera más atractivos y revistiera algún aspecto de lucha; juez de salida y de llegada, *Berruquete*.

Llegó el gran día cuando el pueblo estaba incomunicado con el resto de la tierra. Los rayos del sol canicular convertían la plaza en un horno en que se agitaban todos los vecinos de Villamula, dejando en el centro un gran espacio libre: la pista.

De pronto, y al estallido de un cohete cargado con dinamita, que era la señal convenida, salieron de la casa consistorial y se adelantaron al centro de la plaza los dos héroes de la fiesta: Seco, vestido de negro con un traje que dejaba ver sus pantorrillas desnudas con gran escándalo de las comarques timoratas; el albéitar con las normas pernizas metidas en unos calcancillos blancos de punto, cosidos por delante, botas con los tirantes hacia fuera, una blusa blanca á lo niña con botones colorados y una gorra blanca

y roja con visera de cartón fabricada por él mismo. La presentación de *Poli*, como llamaban sus vecinos al veterinario, produjo en el respetable concurso un efecto deslumbrador que se tradujo en vivas y una descarga al aire de trabucos y escopetas.

Restablecido relativamente el orden, se colocaron los dos corredores en fila; *Berruquete*, que ocupaba su honorífico puesto, dió la salida, y la carrera empezó.

Desde el principio logró gran ventaja Seco sobre su panzudo contrincante, pero al dar la segunda vuelta ocurrió un suceso lamentable é inesperado que vino á dar al traste con todos los augurios hechos sobre el resultado de la carrera. Lanzada á toda velocidad la bicicleta que montaba Seco, tropezó de repente en una piedra de las que abundaban en el piso de la plaza, salió el presidente despedido por el aire como en salto monstruoso, y allí quedaron en el suelo, envueltos en polvo, el velocípedo y el velocipedista.

El albéitar, que iba detrás, á gran distancia, impulsando trabajosamente su armatoste, llegó al lado de su presidente cuando éste se incorporaba rariando, y le dijo:

—¿Qué, no montas, Juan?

Seco, con voz dolorida, contestó:

—No puedo; creo que tengo rota una pierna y la máquina destrozada. Sigue tú y gana la carrera.

Y acompañando su palabra con un ademán lleno de heroica grandeza, que para sí lo hubiera querido Leónidas en las Termópilas, añadió:

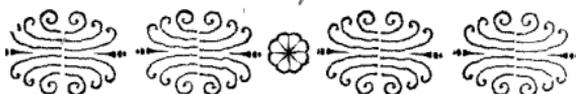
—Ya que yo no sea el campeón, ¡que lo sea al menos alguno de Villamula!

Siguió solo *Poli* la carrera, traqueteando la enorme andorga, cayéndose cien veces, recomponiendo la bicicleta que se le desbarataba á cada paso, luchando con mil trasijos y sudores contra la perversidad de su máquina, y por fin llegó á la meta; y él, el modesto *Poli*, que jamás había soñado siquiera en el triunfo, quedó proclamado *Campeón del Mundo*, y recibió

jubiloso y jadeante los seis pañuelos bordados que acompañaban al título.

• • • • •
El que quedó inconsolable y carcomiéndose vivo fué *Berrugucte*: si él hubiera tenido una máquina, aunque hubiera sido formada por dos ruedas de carreta, ¿quién sino él hubiera sido el *Campeón del Mundo*?





EL REY NEGRO

CUENTO DEL DIA DE REYES

¿Pues no se había figurado Pachín que por ser aquella noche la del cinco de enero le iban á traer los Reyes Magos una porción de cosas bonitas que le estaban haciendo mucha falta? Y todo porque le había oído decir á Ramoncín, el hijo del ingeniero catalán, que los Reyes le habían traído el año anterior un caballo muy majo que dándole vueltas á los manubrios que tenía en las orejas, andaba tan guapamente.

Pero allí estaba, para desvanecer tales ensueños, el padre de Pachín, borracho como todas las noches y hos-

co y poco amigo de palabras como siempre.

El padre de Pachín trabajaba en una de las mejores minas de carbón de Asturias, y como el jornal apenas bastaba para un mal beber, hacía trabajar también á su hijo, que apenas tenía nueve años; porque si no, ¿cómo se las iba á arreglar él para tomar cada noche una borrachera—una *moña*, como él decía—empezando la función con sidra y *matando* la sidra con aguardiente de caña?

En esto de la bebida el padre de Pachín era muy sistemático: la sidra al principio, la caña al final y el agua nunca. Es decir: nunca, no: el agua la usaba para lavarse la cara; pero esta operación la hacía solamente los días de fiesta, desde que había enviudado. Asíandaba él de negro toda la semana, tizado con el polvo del carbón de piedra que sólo le dejaba libres los ojos sanguinolentos y sin pestañas. Y con este aspecto nada agradable y la *largueza de manos* que le daba la bebida tenía al pobre Pachín tan ame-

drentado que ver el á su padre y echarse á temblar eran una misma cosa.

No sé cómo demonios se le ocurrió á Pachín aquella noche hablarle á su padre de los Reyes Magos. ¡Su padre! ¡Á bien que él se andaba con ton-tunas! Bien pronto se encontró Pachín con un soplamocos de órdago y una voz áspera que le decía;

—¡Habra simplón! Eso de los Reyes es pa los ricos y no pa tí, bobo: á ver si te acuestas y no tengo que esper-tarte mañana á moquetes.

Y el pobre Pachín se acostó sorbien-do lágrimas y ahogando suspiros; y al cabo de poco tiempo, ¡al fin chiquillo! quedó dormido como un poste.

.
Estaba Pachín en una pomareda muy hermosa, con los manzanos en flor, y corría un aire perezoso y tibio como en junio; y mirando á todas partes vió que había allí una porción de señoras y mujerucas llevando á sus chicos de la mano. Todos esperaban á los Reyes Magos que tenían que pasar sin falta por la pomareda, para pedir-

les los regalos que les correspondían.

Pachín no tenía madre, pero no importaba; ya le darían los Reyes lo que él les pidiera. Al menos así lo aseguraba una de las mujeres, que interrumpió su relación para gritar con destempladas voces:—¡Ya vienen! ¡ya vienen!

¡Venían ya los Reyes! ¡Y á todo esto Pachín no sabía qué pedirles! Porque el caso es que había una porción de cosas que á el le gustaban mucho.... ¡mucho!....¡y que no sabía como se llamaban!—Lo más prudente era pedirles «los regalos», así, vagamente, y dejar á sus majestades que dieran lo que quisieran, pues ello había de ser bueno y bonito por necesidad.

¡Venían!, y en la clara noche, templada como en junio, veíase á lo lejos el hormigueo de un grupo de personas y animales que se acercaba.

¡Venían!, y los chiquillos, agarrados á las ramas de los manzanos rechonchos, gritaban como locos, y Pachín sintió unos golpes dentro de su pecho, como de algo que allí no cupiera,

y con angustia inmensa y placer infinito cerró los ojos.

Cuando los abrió ya estaba repartiendo regalos un Rey Mago, señor muy viejo con unas barbas muy blancas y muy largas, y unos ojos llenos de bondad y de dulzura. Montado en un caballo, blanco también como sus canas, el bondadoso Rey repartía juguetes que llevaban él y sus pajes en abundancia, y antes que Pachín le pidiera nada, él se le acercó y le dijo:

—¿Eres tú Pachín, el de la Casuca del Pedregal? Pues yo no te puedo dar nada, hijo mío; pero ahí detrás vienen los otros dos Reyes que traen tus regalos.

Se marchó el Rey viejo, y quedó Pachín en la pomareda acompañado de algunos pocos chicos, ya grandullones, que seguían gritando, y llegó á poco el segundo Rey, que tenía bigote rubio y montaba un caballote bayo. Este Rey sólo traía fusiles, sables y tambores, y acercándose á Pachín le dijo:

—Yo no traigo nada para tí; ahí

detrás viene el Rey negro, que es el que trae tus regalos.

Quedóse algo triste Pachín en la pomareda, solo ya, porque no había quedado ningun chiquillo sin regalo, y, al recibirlo, todos echaban á correr gritando de júbilo; y vió venir un hombre solo, sin pajes, montado en un caballo negro que corría como el viento, y suponiendo Pachín que aquel era el Rey negro, le preguntó, en cuanto le tuvo al alcance de su vocecita:

—¿Traes tú mis regalos, Rey negro? Yo soy Pachín, el de la Casuca del Pedregal.

Pero el caballo siguió galopando, y Pachín sintió un fuerte olor á caña y vió con espanto que el Rey negro, con su cara tiznada, su barba rala y sus ojos sanguinolentos, despestañados, brillantes de furor... ¡era su padre!

Sintió Pachín un pavor tremendo, un horror indecible, porque conoció que su padre, el Rey negro, iba á pegar, pero á pegar de un modo *regio*

como convenía á sus nuevos arreos, al espadón que llevaba al cinto, y al hacha que blandía en la mano y al furioso caballo que montaba... y corrió fuera de la arboleda.

Ya la noche no era templada como en Junio, sino fría y huracanada; el viento formaba torbellinos de nieve, en el paisaje lúgubre se destacaban las ramas escuetas y desnudas de los árboles, y Pachín corría, golpeteando la nieve con sus desvencijadas madreñas de hombre, donde bailoteaban sus piés envueltos en los andrajos de lana de sus escarpines destrozados. Y en el terreno quebrado y pedregoso, en los zarzales llenos de punzantes espinas, en los troncos ásperos y rescos de los árboles iba dejando Pachín girones de su ropa y pedazos de su carne, y el maldito caballo negro seguía corriendo con la crínerizada y tendida, machacando la nieve con sus herrados cascos. Y cada vez más cerca sentía el vaho que olía á caña y que era para él nuncio de golpes. Y en el colmo del terror, aniquiladas las fuer-

zas, aturdido por los silbos pavorosos del ábrego, casi exánime cayó Pachín al suelo y sintió al mismo tiempo que el caballo le plantaba una pata en el pecho y que una manaza le agarraba por los pelos.

.
Cuando despertó azorado, oyó Pachín la voz airada de su padre que le gritaba:

—¿No oyes que te llamo? A ver si coges la *ferrá* y me traes agua pa lavame, que hoy no trabajamos.

Se levantó Pachín á escape, se vistió en un momento, y cogiendo la pesada herrada echó á andar hacia la fuente, pues aunque es oficio de mujeres el ir por agua, él tenía que desempeñarlo desde la muerte de su madre. No estaba aún del todo repuesto de su espanto, pero poco á poco se fué tranquilizando, y pensó con tristeza en los regalos que los Reyes no habrían dejado de traer á Ramoncín.

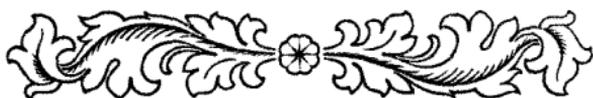
Pero ¡bah! ¡al fin y al cabo en aquel día, en vez de trabajar al lado de su padre, podría ir él á casa de algún

chico vecino, y pasar el día en alguna cocina en que hubiese fuego abundante, sabrosas castañas para asar al rescoldo y palabras cariñosas de las *muyeriñas* que habían sido amigas de su madre. Y en cuanto á regalos de Reyes ya le enseñaría Ramoncín el suyo; Ramoncín que tenía una madre que le besaba y un padre que no cogía *noñas*.

Y estas consideraciones y la de que su padre no podría reñirle ni pegarle, porque pasaría el santo día metido en la taberna, consolaron á Pachín de la ruina de sus ilusiones.

¡Hay que contentarse con tan poco en este mundo!





LA DIGNIDAD

—¡Nada de distracciones! Mucho ojo con las distracciones y piensa en lo que estás haciendo, en vez de torturarte el magín para tratar de comprender lo que quiso decir Sanz del Río con aquello de que «el Hegelianismo es un ensayo poderoso de contemplar la realidad en perspectiva formal (partiendo del Yo y de mi pensamiento—como es de subjetiva necesidad—pero partiendo solo formalmente (en el *concepto* abstracto) y al revés de mi pensamiento real sin conciencia de mí en ello.)» ¡Uf....! la verdad es que el parrafillo no acaba de entrarme, porque si se examina que... ¡Eso es! Porque si se examinan estas

cosas cuando no deben examinarse, se pone uno la corbata al revés, como me está sucediendo á mí ahora, y se ríen de él las gentes, como me está á mí pasando casi todos los días. ¿No estoy vistiéndome? Pues á vestirme sin pensar en otra cosa, y, sobre todo ¡mucho ojo con las distracciones!

Estas reflexiones se hacía Remigio al acabar de vestirse con esmero para salir á aprovechar el magnífico sol, cuyos rayos, entrando por el balcón de su cuarto, jugueteaban de cien modos caprichosos en los muebles, los cristales y las maderas brillantes y pulimentadas del mueblaje; y como no tenía confianza en las obras de sus manos se examinó minuciosamente mirándose largo rato al espejo. Este exámen dejó satisfecho á Remigio: su torso se envolvía en su levita más flamante en vez de ir en mangas de camisa; calzaban sus piés lustrosas botas en lugar de zapatillas morunas; y sobre su cabeza campeaba un sombrero de copa y no el colorado fez tunecino que usaba en casa.

Contento de sí mismo, lavoteado y peripuesto al primor, lanzóse Remigio á la escalera; pero antes de llegar al portal ya la duda horrible había invadido su espíritu.

—¿Si iré, á pesar de todo, hecho un mamarracho como tantas otras veces? —se dijo.

Para salir de dudas llamó, golpeando con los nudillos, en el tabuco de la portera, diciendo al mismo tiempo:

—Señora Eufrasia, ¿me hace usted el favor de mirarme bien, á ver si he cometido alguna de mis barbaridades al vestirme?

La señora Eufrasia salió de la gari-ta porteril, de complicada traza y multicolora cristalería, con grave peligro de que todo ello se hiciera añicos al pasar la enorme humanidad de la portera por la exigua puerta; miró después detenidamente á Remigio de piés á cabeza, acercándose primero y alejándose luego un poquito como un aficionado que examina un cuadro, y formuló su dictamen, con acento entre doctoral y aragonés, en estas palabras:

—Va usted al peló, don Remigio; hecho un milor y más elegante que un figurín, aunque sea mala compañía.

Sin acabar de escuchar á la portera ya estaba Remigio andando hacia la Rambla, que tenía á pocos pasos de su casa, para llegar hasta el paseo de Gracia, que estaría seguramente lleno de gente atraída por la banda municipal que había de tocar algunas piezas, y animada, sobre todo, por el radiante cielo que hacía de aquel domingo de febrero un adelanto generoso de la primavera á los barceloneses.

Y Remigio monologuizaba:—¡Mucho cuidado, Remigio mío! No vayas á meter la pata como tienes por costumbre cuando vas pensando en las musarañas y saludas con la mayor cortesía á un guardia municipal á quien no conoces, mientras miras desdeñosamente á tus mejores amigos como si en la vida los hubieras visto. Déjate de pensar en el *devenir* de Hegel y en la *identidad absoluta* de Schelling, y

abre el ojo, por Dios, no te distraigas.

Era la hora al punto del medio día cuando acabando este soliloquio llegó Remigio al paseo de Gracia y se metió en la corriente de paseantes que con su variedad de trajes y fisonomías distraían agradablemente su atención. Las mujeres sobre todo—y las había muy guapas—hacían al buen Remigio embebecerse de puro gusto y olvidarse por completo del *Principio divino y natural de las cosas* y de toda la filosofía alemana que le traía los sesos revueltos y le tenía á dos jemes de volverle loco. Pero *el eterno femenino*, encarnado en aquellos deliciosos cuerpos vestidos de telas preciosas que pasaban al lado de Remigio rozándole con sus faldas, azotándole suavemente la cara con las volubles plumas de sus boas, y envolviéndole en perfumes penetrantes y halagadores, estuvo á pique de producir el mismo efecto que le provocaban sus abstracciones filosóficas, esto es, el distraerse lastimosamente. Comprendiéndolo así volvió á repetirse el hom-

bre algunas de sus habituales recomendaciones, dando sofrenada á su imaginación vagabunda, á tiempo que vió venir hacia á él á su amigo Arturo, á quien acompañaban su mujer, su hermosa cuñada soltera y su hija, una niña de cuatro años.

Con la sonrisa en los labios se adelantó Remigio, dió ceremoniosamente la mano á la chiquilla.... ¡y besó con efusión á las señoras en las mejillas!

• • • • •
Arturo se vió en la dura necesidad de propinar unos cuantos bastonazos á su distraído amigo, entre la confusión producida por las mujeres que huían y los espectadores de tercera fila que empujaban para ponerse en mejor sitio desde donde pudieran presenciar el lance sin perder ripio.

*
* *

Al día siguiente se hallaba Remigio en su café de costumbre dejando vagar la imaginación y siguiendo con la vista en un espejo los giros caprichosos que el humo de su cigarro traza-

ba en el aire, cuando entró su amigo Arturo y estrechándole la mano le dijo:

—Chico, dispénsame por lo de ayer, pero tú mismo comprenderás que no tuve más remedio que hacer lo que hice por ocurrir tu distracción en público. Si yo no te sacudo ¿qué hubiera dicho la gente? Era cuestión de dignidad.

—¡La dignidad!—murmuró entre dientes el incorregible filosofastro.— ¡Esa chifladura subjetiva que objetivaste ayer en mis espaldas!

—Sí hombre, sí, la dignidad. Ahí tienes tú; si el hecho hubiera ocurrido sin testigos, me hubiera aprovechado de la ocasión, y en vez de atizarte á tí se hubiera llevado los palos mi mujer; ¡porque hace días que está más impertinente y que la tengo unas ganas!





LUGAR SAGRADO

Atravesé la plaza, llena de árboles y de luz, y entré en la iglesia.

Tan pronto como cayó detrás de mí la pesada cortina que hubiera alzado para entrar, creí quedar en una tumba: tanto contrastaba con la plaza que dejaba el templo frío, oscuro, silencioso y tristísimo.

Creílo al pronto desierto, pero poco á poco, y según iban mis ojos acostumbrándose á la lobreguez del recinto, iba viendo: primero una devota, cercana, después y más allá otra, y así hasta llegar con la vista á las gradas del altar mayor, donde las tinieblas parecía como que se congregaban para desafiar mis ojos, y los cirios

encendidos fingían tenues estrellitas que titilaban en un cielo negrísimo.

Quedó mi curiosidad saciada y me encaminé á la puerta, pero según á ella me dirigía, y al pasar junto á un confesonario, oí salir de uno de los dos rincones oscuros que formaba con el muro, el ruido especial que produce el roce de la seda, y llegó á excitar la sensibilidad de mi olfato, casi aletargado por el olor del incienso y de la cera, uno de esos perfumes delicados, exquisitos y finamente voluptuosos que denuncian á la mujer hermosa y elegante.

Quedéme parado y dirigí mi vista al sitio de que supuse procedían aquellas emanaciones femeniles; pero el rincón oscuro de tal modo encubrió lo que guardaba que hube de considerarme vencido.

Acercarme más hubiera sido una osadía impropia del lugar y sin mérito ninguno, y con el inconveniente, en cambio, de exponerme al ridículo; pero estaba picada mi curiosidad de

tal modo que, haciendo que salía del templo, quedé en él junto á una capilla más obscura aún que el altar mayor.

No sufrí largo tiempo el acicate de mi impaciencia. Pronto el crujido de la seda me indicó que la mujer á quién espiaba se levantaba del suelo donde debiera estar arrodillada. Con-tuve mi respiración como si creyera que con ella delataba mi presencia y vi pasar delante de mí, casi rozán-dome con la falda de su vestido negro, una mujer de cuerpo hermosísimo y de andar airoso, cubierto el rostro con el velo, y cerrando con las diminutas manos enguantadas un libro de oraciones en que el azabache de las tapas realzaba el brillo de los broches de oro. No la seguí.

Una vez pasada la influencia del hechizo dime á pensar en aquel libro que cerraba la hechicera. Imposible era de todo punto que en aquel rincón del confesonario en que había estado, pudiera leer, aunque las letras del devocionario fuesen tan grandes

como sus páginas; y pensando en aquella lectora en las tinieblas fui maquinalmente á dar en el sitio en que había estado arrodillada, y al apoyar la mano en el confesonario sentí el contacto de un papel doblado y fino que asomaba entre la madera y el muro. Cogí aquel papel, sin pararme á pensar si lo que hacía era lícito ó no, y salí del templo tenebroso y frío.

.

Fuera todo era sol y movimiento y vida. Un enjambre de chiquillos jugaba, con gritos ensordecedores y alocadas carreras, en los jardines de la plaza, y una criada platicaba amorosamente con un soldado, los dos sentados en un banco de piedra.

Abrí la carta y, volviendo á gozar del perfume que dejaba en la iglesia la hermosa devota del vestido negro, leí lo siguiente:

„Querido Julio: Esta tarde sale mi marido en el expreso para El Escorial, convidado á una cacería que durará una semana. Te espero después de

comer, pues sé por tu coronel que no estás de guardia.

Tuya, tuya y retuya

Teresa.”

P. S.—No abras la carta dentro de la iglesia, que está muy feo.”

En aquel momento las campanas del templo doblaban á muerto, pero en la plaza todo era luz y gritos de chiquillos y palabras amorosas.





EL HÁBITO DEL TÍO PENEQUE

Cuando murió el tío Peneque, le amortajaron con hábito franciscano porque era costumbre en el pueblo, por más que hubo quien protestó porque aquel endemoniado tío Peneque había sido en vida el mayor perdido y el más desaforado pecador en veinte leguas á la redonda.

No había mandamiento de la ley de Dios que no hubiera infringido, y no contentándose con el desprecio de los preceptos divinos, había escarnecido y violado las leyes humanas, desde las más respetables hasta los bandos del alcalde, peleando con todas las autoridades establecidas y siendo toda su

vida terror de guindillas y escándalo de gente timorata.

Pero sobre todas sus faltas, sobre todos sus pecados, sobre todas sus fechorías había predominado en él el vicio de la bebida, poniendo unas veces á sus desafueros un acompañamiento de alcohol y figurando otras como tema principal, como *leitmotiv* á que volvía siempre después de ejecutar caprichosos arpegios en todos los demás vicios y malas pasiones. Había sido para él la taberna templo en que consagraba sacrificios al vicio como á un dios, púlpito y tribuna y cátedra desde donde había lanzado á los cuatro vientos las teorías más perversas y las predicaciones más perjudiciales, cuartel general y fortaleza en que más de una vez se resistió con heroísmo de las acometidas de alguaciles y polizontes. La taberna era su centro, su hogar, y el alcohol era para él aire necesario á la vida, la vida misma.

Una sola cualidad buena tuvo mientras permaneció en el mundo aquel modelo de borrachos y aquel dechado de

perdidos: la sinceridad con que su fuero interno—cuando no estaba el tal fuero muy echado á perder por la bebida—se reconocía culpable de todo lo malo y merecedor de castigos ejemplares.

Por eso al salir del mundo de los vivos el tío Peneque no pudo menos de reirse al encontrarse vestido de hábito, y se dijo:

—Tiene gracia. ¡Miá que yo vestido de fraile! ¡Recristo, si parezgo un santo!

Esta ocurrencia de su santidad aparente dió á los pensamientos del difunto Peneque un giro nuevo en que se recreaba su picardía: se le vino á las mientes darle un timo á Dios, robarle su entrada en el Paraíso, y así como se había *colado* en el teatro muchas veces en este bajo mundo, sin pagar, *colarse* en el cielo á favor de su hábito monacal sin haber pagado con oraciones y buenas obras en la vida terrena.

Fijo en su idea, que más le encantaba por su malicia que porque creye-

ra en su buen suceso, se presentó en el cielo con su poca vergüenza, la capucha del hábito muy echada á la cara tapando los ojos borrachines, la cabeza inclinada hacia el suelo, las manos cruzadas sobre el pecho y el aire contrito y humilde.

Gran tropel de candidatos á la bienaventuranza se agolpaba en el portal del cielo. En el fondo del portalabríase la puerta que sólo traspasaban los elegidos, y en ella, rodeado del fulgor celeste que salía del interior, cumplía San Pedro su misión, fiscalizando la entrada de los aspirantes á la felicidad eterna.

Prometiaselas el tío Peneque muy felices porque le pareció que San Pedro no era muy minucioso en el reconocimiento á que sometía á los que se presentaban ante él, pero hé aquí que de repente se presentaron en aquella puerta de la dicha, viniendo de la interior del Paraíso, unos cuantos bienaventurados que miraron con angélica curiosidad á la gente que esperaba en el portal, y alguno de ellos, dando



LA NOCHEBUENA DE MADEMOISELLE MARGOT

Así como el día de Navidad es en Barcelona fiesta tan grande y celebrada como puede serlo en cualquier otra parte, la Nochebuena, en cambio, no tiene la importancia que en Castilla y en otros puntos de España. Los cafés y teatros están tan concurridos como en cualquier sábado, y si se nota en las calles más gente que de costumbre, es más por las compras de vituallas que se hacen para los dos días de Pascua siguientes que para disipar los vapores de la copiosa cena con paseos y gritos y panderetazos.

Sin embargo, aquella noche el *Palais de Cristal* no presentaba su aspecto ordinario. Porque algo había en

aquel teatrillo—dedicado al culto de los espectáculos casi exclusivamente franceses de los cafés cantantes—que no se notaba en las demás noches.

¿Era que en el público figuraba un número crecido de franceses, para quienes la noche que antecede á la famosa fiesta de *Noël* es noche especialísima de jolgorio como en muchas regiones de España? ¿Era quizá debido á la influencia de las cantantes, francesas en su totalidad, que lanzaban desde el escenario sus canciones más picantes, con más desparpajo y mayores chillidos estridentes y más meneos canallescos y más agitación de faldas que nunca, inspiradas también por la proximidad del *réveillon* clásico?

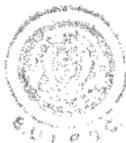
Era todo: era que el público y las artistas participaban de la alegría de la noche, de las libaciones preparatorias de la cena de última hora ó complementarias de la comida hecha; que se había establecido entre el escenario y la sala un cambio continuo de informalidad, un flujo y reflujo de broma y algazara, de gritos alegres que in-

terrumpían la música de la *chansonnette* intercalando notas extravagantes en que jamás había soñado el compositor.

Algunos minutos antes de dar las doce se presentó en el escenario la *gran atracción* Mlle. Margot, *chanteuse excentrique grande étoile des Concerts de Paris* según rezaban los programas impresos, y como si con ella entrara más alegría y más informalidad se la recibió con una gritería discordante.

La artista era hermosa, no seguramente al modo clásico, sino con la hermosura excitante, modernísima y algo perversa de las mujeres pintadas por Jan Van Beers en sus tablitas preciosas. Su vestido de raso rojo, que dejaba ver la pierna hasta un poco más arriba de los finos tobillos, la envolvía en ondulaciones de llama al ir de un lado al otro del diminuto escenario, inclinando de cuando en cuando el garboso busto hacia adelante.

Tampoco la voz de Mlle. Margot era de las que hacen soñar á los maes-



tros italianos que se pasan la vida en Milán incubando sopranos, mezzo sopranos y contraltos. La voz de mademoiselle Margot era más bien mala; pero daba tal expresión picaresca ó deliciosamente inocente á lo que cantaba, *vibraban tan hondo* algunas notas de su registro medio, y sobre todo, acompañaba su canto con mohines tan graciosos y con desplantes tan aristocráticamente canallescos que electrificaba al público.

A pesar de la ruidosa acogida de la concurrencia parecía aquella noche la *grande étoile* un poco distraída, como preocupada. Al concluir su canción, el público la aplaudió como siempre, y con arreglo al uso hubo, en vez de repetirla, de cantar otra pieza; pero al comenarla sacó de las profundidades de su escote un microscópico reló de oro y siguió mirándole con el mayor desahogo mientras cantaba, y precisamente en el punto culminante de la *chansonnette* se paró en seco, hizo con un ademán callar á la orquesta y dijo dirigiéndose al público:

—*C'est minuit, mes chéris, et je m'en vais réveillonner.*

¿Y qué iba á hacer el público en una noche como aquella? Lo que hizo: aplaudir á Mlle. Margot, dejarla que se fuera á cenar y reir la ocurrencia.

*
* *

Mlle. Margot se dirigió enseguida al *foyer* del teatrillo, donde delante de una mesa ya servida la esperaba su amante, el apuesto Feliciano Ponce, para cenar juntos. Era Feliciano un amante que llamaba poderosamente la atención de todas las *chanteuses*; no porque fuera andaluz y buen mozo y bastante rico, sino porque hacía ya casi una semana que disfrutaba de los favores de Mlle. Margot; caso rarísimo que se citaba como único en la vida agitada y conocidísima de la *grande étoile*.

La cual *estrella*, que ya se ve que nada tenía de fija, sin dársele un arquite de su dignidad artística y sidérea, se puso á cenar mezclando unos platos con otros, cantando entre bocado

y bocado, y bautizando con champagne á todo el que pasaba á tiro de copa.

Y no sé á punto fijo si habría algunos otros horrores capaces de hacer que se ruborice la tinta negra con que escribo; pero si los hubo, juro por la barba de Mahoma que los he olvidado.

*
* *

Ya eran mas de las dos de la madrugada cuando salieron del *Palais de Cristal* Margot y Feliciano cogidos del brazo: ella envuelta en su capa forrada de pieles, él con el ruso abotonado y el cuello subido hasta el punto de no vérsese más que los ojos entre paño y sombrero.

Contra lo que suele suceder, pues el invierno es en Barcelona templado casi siempre, aquel año reinaba un frío siberiano. La Rambla, donde se encontraron los amantes al poco de salir del teatrillo, presentaba un aspecto casi medroso; los árboles, que hacía parecer más negros el fulgor espectral de las lamparas eléctricas, dejaban caer de sus altas ramas las

últimas hojas secas que les quedaban, y envueltos en girones de niebla semejaban vagamente á pródigos gigantes que con los brazos secos y nudosos arrojaban al barro sus monedas de oro; la niebla que mojaba las piedras de la calle como copiosa lluvia, esfumaba los contornos de las casas; corría un vientecillo sutil y helado, tan ténue que no se sabía de donde venía: unas veces parecía traer de la montaña el frío, otras parecía que traía del mar la niebla.

Feliciano y Margot, cogiditos del brazo, bien abrigados los cuerpos, repletos los estómagos y alegres los espíritus, se metieron por el dédalo de callejuelas donde tenía puesto su nido la artista. Al doblar una esquina, un bulto se destacó del quicio de una puerta y se acercó á los dos amantes, dejando oír con una vocecilla acatarrada y doliente de niña:

—¡Una limosna, señorita, que no tengo donde dormir!

Mlle. Margot se paró, y en castellano bastante aceptable empezó á

preguntar á la niña si tenía madre, si era verdad que no tenía donde dormir y si había cenado; todo esto precipitadamente, y, sin casi escuchar las contestaciones que iba dando la niña, la cogió de la mano, la llevó debajo de un farol de gas y la contempló detenidamente, fijándose en su carita pálida por la anemia, en sus ojos de brillo febril apenas anublado por las lágrimas que arranca el frío, en sus pelitos de un rubio clarísimo, finos como la seda, que salían desordenadamente de un pañuelo de percal demasiado pequeño para cubrir la cabecita, en su vestido incapaz de resguardar del frío á nadie, en sus alpargatas mojadas por el lodo... Y apenas acabado este examen, Mlle. Margot, sin dejar de apoyar su mano derecha en el brazo de Feliciano, cogió con la izquierda á la niña mendiga, la arrimó á su cuerpo para meterla bajo la capa de pieles y siguieron los tres andando.

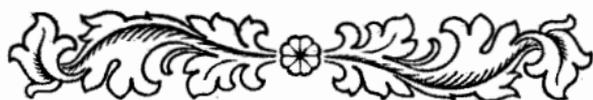
Como hacía todas las noches, Feliciano, al llegar á la puerta de la ca-

sa de Mlle. Margot llamó, para que la abriera, al vigilante de la calle, dando un par de palmadas.

Al ver abierto el portal Mlle. Margot abandonó el brazo de Feliciano, le estrechó la mano y se adelantó con la chicuela, y como contestando á una mirada interrogativa y llena de estupor de Feliciano, exclamó, subiendo las escaleras á escape con la mendiga en los brazos:

—No.... adiós... hasta mañana. Esta noche duermo con la niña.





EL GANCHO

Estaba aburrido, sin nada que hacer y hastiado del espectáculo de la calle, y me acordé de repente de que en Madrid existe un sitio donde pueden pasarse muy bien algunas horas sin hablar con nadie: el Museo de Pinturas.

Entré en el Museo, y empecé á examinar los cuadros de la galería grande, las maravillas del pincel que he visto tantas veces desde chico.

Hacia algunos segundos que me encontraba parado ante las *Meninas* de Velázquez cuando oí una voz muy cercana á mí que decía:

—¡Eso sí que es un prodigio!

Me volví y ví á un caballereito baji-

to, de abdomen abultado y cara pálida, triste, fofa, en que las mejillas gruesas y sin color caían flojamente. Vestía decentemente con un terno gris, y me miraba con sus ojos melancólicos como queriendo entablar conversación conmigo.

Como yo no estaba muy animado á condescender con su deseo contesté á su frase admirativa con un movimiento de cabeza y empecé á escabullirme mirando á otros cuadros; pero el hombre se me pegó como una lapa. Cuando veía cuadros de otros pintores callaba, pero cuando teníamos á la vista algún lienzo de Velázquez, el buen señor se deshacía en elogios ditirámicos, y yo, que soy entusiasta admirador de Velázquez, acabé por contestar á sus frases y entrar en conversación con él.

Avanzando así los dos juntos por el salón, vimos á pocos pasos de nosotros á una señora vuelta de espaldas que, con un lienzo puesto delante de ella en caballete, copiaba un cuadro. El caballero del traje gris, que

había podido observar que yo aprobaba en todo sus opiniones artísticas, iba hablando con más desembarazo que al principiar nuestro coloquio, pero, sin embargo, noté en él alguna turbación cuando me dijo, señalando á la señora que pintaba:

—¡Esa sí que es también una artista!

La señora estaba copiando un cuadro de Velázquez también, el celeberrimo de las *Lanzas*, la *Rendición de Breda* en fin. En un momento que la pintora levantó la vista y volvió un pocola cabeza nos miró sin curiosidad, con indiferencia completa, con una mirada vaga y abstraída que nada decía más que la preocupación de su trabajo. En cambio mi acompañante se desazonó visiblemente bajo aquella mirada, y un poco de color rojizo subió á sus pálidas mejillas mientras me decía en voz alta:

—¿Eh, qué tal? ¿Le parece á usted que hay muchos que comprendan á Velázquez de este modo?

Yo hubiera contestado de muy bue-

na gana que la copia que estaba haciendo aquella señora era una mamarachada y una profanación, pues tal me parecía, pero no tuve más remedio que sacrificar la verdad en aras de la galantería.

Estábamos muy cerca de la pintora; ésta había vuelto otra vez la cabeza hacia nosotros y nos presentaba un rostro en que aún se advertían restos de una belleza fenecida con la juventud; su cuerpo airoso y esbelto, más *joven* que la cara, se movía con desembarazo, ceñido por elegante y sencillo vestido negro que terminaba en el cuello con una blanca tirilla de hombre. Esta vez la mirada de sus ojos negros y brillantes, que cercaban azuladas ojeras, se fijó en el hombre del traje gris y en mí con insistencia, con fuerza, y sufriendo yo una especie de hipnotización extraña balbuceé algunos elogios vulgares: la copia de Velázquez era un portento... había allí verdadera penetración del alma del original... etc., etc. Y empecé á alejarme de allí poco á poco.

El hombre me siguió, y como continuando nuestra conversación interrumpida, se atrevió á preguntarme:

—Conque ¿qué tal? ¿qué tal le ha parecido á usted esa copia?

Y yo, malhumorado por haberme visto obligado á elogiar una obra mala, contesté desabridamente:

—Pues, un adefesio.

Mi acompañante se entristeció al oirme y no volvió á decirme una palabra. Yo estaba violento, á los pocos minutos le dije que me iba á ver la sala elíptica, y el hombre me despidió con una sonrisa triste.

* * *

Había ya pasado cerca de una hora cuando volví á la galería grande entrando en ella por la salita francesa. Desde el extremo en que yo estaba veía á la copista de Velázquez en su sitio, pintando, y no muy lejos de ella á dos hombres hablando: uno de ellos completamente desconocido para mí, el otro el caballero del traje gris.

Los miraba yo con curiosidad, por-

que ya me iban chocando las manio-
bras de aquel hombre, cuando oí exclamar cerca de mí:

—Ya ha pescado otro primo.

Quien así hablaba era uno de los porteros ó guarda-salas que están en el Museo para custodiarlo, y como en aquel sitio no había más personas que él y yo, deduje que la frase debía dirigirse á mí evidentemente. Sin duda, á pesar de mi mal humor, debía yo tener aquel día cara de locuaz y comunicativo cuando todo el mundo intentaba conversar conmigo.

No hice más que prestarle atención y aquel ángel custodio del arte con levita azul me dijo lo siguiente:

—Sí, señor, otro primo; vamos, otra víctima. Ya he visto antes que usted también ha caído; por eso supongo que usted no le conoce. Ese señor del traje gris es D. Eusebio Méndez; ya habrá usted oído hablar de él; es muy rico; su padre le dejó un almacén de coloniales y mucho dinero, y él hace años que vendió el almacén, y ¡tiene más miles de duros!... Pues bien, esa se-

ñora que pinta es su mujer, sí, señor, no se asombre usted, su mujer; y claro, como todas las que tienen mucho dinero y no tienen hijos ni quebraderos de cabeza, ha sido muy caprichosa. En los primeros años de matrimonio fué un derroche: que vestidos de lujo... que viajes á Paris... que cuadros de precio... ¡la mar! Después de pasar así algunos años le dió por la pintura: aprendió algo con Esteban López, el autor de la *Muerte de Nerón*, y enseguida se le metió en la cabeza que nadie comprendía y copiaba á Velázquez como ella, y ahí la tiene usted día tras día y semana tras semana, pinta que te pinta, copiando á Velázquez. Y como ella lleva los calzones en el matrimonio y tiene un genio de dos mil demonios, su marido tiene que estarse aquí todo el santo día. El buen señor es un pedazo de pan y por eso ha hablado antes con usted, si, señor; es por eso. Está siempre á la que salta y en cuanto ve algún visitante solo le lleva engatusado para que diga algo de lo que pinta su mujer. Va-

mos, que busca *alabarderos* como los de los teatros para que aplaudan á su mujer, como los *ganchos* que buscan puntos para las casas de juego. Es la única manera de vivir en paz con ella. El día que por desgracia no ha podido conseguir pescar ningún incauto para arrancarle algún elogio de las copias de su mujer ¡se pone el pobre señor más triste!... Como que creo que la señora se pone en su casa hecha un basilisco y hasta le muerde. No, no se ría usted, que es verdad y á mí me da mucha lástima, por más que si él supiera tener *disnidaz*...

Dejé al portero hablando y me fui galería adelante. Al pasar junto á Méndez éste me miró sin turbación, sin vergüenza, aunque había visto el largo tiempo que había escuchado al portero y debiera suponer que se había tratado de él. Pero yo ya no le interesaba.

El pobre gancho estaba *seduciendo* á otro.



EL VIAJERO

Cuando yo fuí á Galicia al empezar mi carrera de telegrafista, hace años, no estaba terminado el ferrocarril de Monforte á Vigo, y el viaje era muy molesto.

Después de haber hecho en un cochecillo incómodo el trayecto de Monforte al punto en que juntan sus aguas el Sil y el Miño, monté en el tren, en la estación de Los Peares, que hacía muy pocos días funcionaba, y llegué al poco tiempo á Orense. La noche había sido crudísima; mis piés ateridos aún *recordaban* el poco abrigo que les diera la paja que alfombraba el cochecillo de Monforte; la claridad tardaba, y el amanecer de

aquel día de Diciembre parecía una continuación de la noche con su negrura y sus tristezas.

Mi compañero de viaje—un comisionista cordobés muy hablador y muy afanoso de decir gracias y agudezas, aunque desprovisto en absoluto de la sal andaluza—callaba, dando descanso á la lengua que no había cesado de mover desde que en la estación de León había subido al coche que yo ocupaba. Dentro del largo departamento de tercera, envueltos en las capas, mirábamos al través de los cristales de las ventanillas el ir y venir de mozos y viajeros en el andén.

Se abrió de pronto la portezuela del wagón y subieron dos hombres, de anchos sombreros y largas capas, *oliendo á frío*; nos dieron los “buenos días” y se sentaron cerca de nosotros. Ya iba á ponerse en marcha el tren cuando llegó, andando de prisa, otro hombre de alta estatura que subió, pasó entre nosotros sin mirarnos ni decirnos ni una sola pa-

labra y fué á sentarse en otro banco, donde solo, rígido, inmóvil, parecía á la indecisa claridad del alba una estatua negruzca.

En el momento en que el tren emprendió la marcha, el andaluz y yo entablamos conversación con los viajeros que habían entrado juntos en el coche: eran tratantes en granos é iban á Vigo á sus asuntos. Cuando oyeron que también nosotros nos dirigíamos á la hermosa ciudad que da su nombre á la ría magnífica, nos empezaron á hablar de ella, y entre otras cosas nos contaron que en la tarde anterior había estallado en Vigo un incendio que había consumido dos casas.

—¿Y hubo desgracias?—preguntó el andaluz.

—Sí, señor. Según el parte que se recibió anoche en la redacción de *El Orensano*, murió abrasada una preciosa joven de diez y ocho años que vivía con su madre. De ésta temen que se haya vuelto loca.

Estas palabras, pronunciadas por

uno de los tratantes, nos conmovieron, excitando en nosotros la compasión poco duradera y profunda que inspiran las desgracias ajenas; sólo el viajero misterioso siguió encerrado en su tétrico silencio, sin unirse al coro de frases sentimentales, como si su corazón estuviera cerrado á todo sentimiento humano.

Pronto, olvidándonos de la desgracia, reapareció el buen humor en nuestras conversaciones; pero nuestra alegría como que se estrellaba en el viajero mudo. Sus ojos fríos, inmóviles, no traslucían nada de lo que pasaba en lo más recóndito de su sér íntimo: parecía su taciturnidad como una censura de nuestra ligereza, de la versatilidad de ánimo que nos hacía pasar sin transición de la tristeza sentida por el mal ajeno á la alegría egoísta del vivir.

Ya había salido el sol, pero no lo veíamos; las nubes cenicientas sólo dejaban pasar una luz cernida, difuminada. El tren seguía docilmente los serpenteos caprichosos del Miño,

y nos recreábamos mirando el agua que nos parecía negra, corriendo por el cauce hondo y pétreo; nos admiraba el trabajo inmenso que supone el laboreo de aquellas pendientes labradas por escalones, y la forma, extraña para nosotros, en que se aparecen las viñas en Galicia, con su emparrado de cañas ó palos donde se agarran las pámpanas y se retuercen los sarmientos.

El viajero mudo no se había movido de su sitio; estaba vestido como un artesano acomodado; era de edad madura, alto, vigoroso, de bigote entrecano; la palidez algo verdosa de su rostro contrastaba con las formas de su cuerpo, que indicaban un temperamento sanguíneo; los ojos tenían una expresión indefinible, *no miraban*, y era cosa de dudar si veían.

—Va usted á ver, Ramírez, como le hago yo hablar á ese tío—me dijo el comisionista con la confianza que se había tomado en las pocas horas que hacía que nos conocíamos; y para sondearle y hacer al mismo tiem-

po una de sus gracias, se levantó el cordobés, empezó á pasear por el wagón, dando fuertes pisotones como para calentarse los piés, y al pasar por delante del viajero mudo, le pisó, diciéndole al mismo tiempo:

—Usté dispense, compadre, que no le había visto.

Pero el viajero ni pareció advertir el pisotón ni oír las palabras, y su mirada siguió fija, inmóvil.

El tren corría, deteniéndose breves minutos en las estaciones del tránsito. El sol, libre ya de nubes, se derramaba por montes y laderas, haciendo que la tierra gallega mostrara á nuestros ojos la infinita variedad de sus tonos verdes; el frío disminuía según íbamos acercándonos al mar, y enhiestos pinos, robles de obscura fronda, campos de tojo y maizales que estremecía la brisa desfilaban rápidos ante nuestros ojos.

Llegamos á Redondela, y, desde el altísimo viaducto que atravesaba el tren, contemplamos un panorama hermosísimo: el blanco caserío de la po-

blación tendido á nuestros piés, en lo hondo; el cielo azul, despejado; y en el fondo la ría.

La temperatura templada, verdaderamente primaveral, que reanimaba nuestros cuerpos, contrastaba con el tiempo negro y húmedo de las cercanías de Orense y con el frío seco que habíamos sufrido al atravesar las tristes llanuras castellanas, los páramos de la provincia de León.

El andaluz, que jamás había visto el mar, se entusiasmó al contemplar la ría de Vigo, y era en verdad para entusiasmarse el espectáculo del mar en calma, rielando como bruñido espejo los rayos del sol clarísimo, las lanchas pescadoras que surcaban el agua perezosamente dejando tras sí estelas que chispeaban cual si estuvieran sembradas de diamantes, y en la orilla á Vigo, al abrigo del monte que corona el castillo, albeando como un bando de níveas palomas tendido junto al mar.

En esto vimos una cosa que nos llamó la atención: el viajero mudo se

había levantado de su asiento, y desde la ventanilla del wagón *miraba* hacia Vigo de una manera persistente, tenaz, con la fijeza de un hipnotizador. Entonces me atreví á preguntarle:

—¿Va usted también á Vigo?—y con voz extraña, cavernosa, con una voz que parecía salir de un pecho enfermo y cansado, y que, sin embargo, tenía en sus inflexiones una energía rara, me contestó:

—¡Vigo! Ayer murió mi hija en el fuego, y vengo á ver su cadáver... ¡si queda algo!

Quedamos todos callados, taciturnos. Lo que no había podido en nosotros el relato de la desgracia ajena lo pudo el espectáculo del dolor humano encarnado en aquel hombre, y sentimos con él. El paisaje, antes tan alegre, tan lleno de sol, nos apareció como ensombrecido por una nube; la temperatura que poco antes se nos hacía deliciosa, nos pareció de hielo al correr por nuestros cuerpos un leve estremecimiento, y un hálito de tristeza invadió el wagón.

El tren corría, y el traqueteo de las ruedas, los golpes acompasados de la máquina fingían el acompañamiento de una marcha fúnebre..... disparatada.....





LA CADENA

Al terminar la representación de la tercera pieza salió Julio Ramos del teatro de Lara y se metió en un café cercano.

Una de las veces que levantó la vista del periódico que leía, para dar un sorbo al bock que había pedido, vió sentados á la mesa de enfrente un hombre y una mujer, jóvenes aún.

Ella con restos de una belleza vulgar que comenzaba á marchitarse, envuelta en galas lujosas, pero de mal gusto. El rubio, de cuidada barba, de frente espaciosa y oblicua. Sus ojos inquietos, de fulgor extraño, miraban á Ramos de una manera fija, insistente, pertinaz; con tal fuerza que Ramos

hubo de bajar su vista para alzarla en seguida de repente al oír decir al desconocido:

—¿De modo, Ramos, que ya no me conoces? ¿Ya no conoces á tu amigo Bermúdez?

¡Ah, era el amigo Bermúdez! Sí, Ramos se acordaba de aquel hombre que había sido por pocos meses su compañero de oficina, hacía unos siete años. Y se acordaba, sobre todo, de sus amores que relataba en la oficina minuciosamente, contando cómo la familia de *ella* se oponía tenazmente al matrimonio que él y su novia ansiaban, y de sus proyectos de llevarlo todo por la tremenda, rompiendo á tiros con todo el mundo ó bien utilizando la fuerza de la ley, haciendo intervenir al juez en el asunto.

Y recordaba Ramos que tanto él como sus compañeros de trabajo no encontraban en los amores de Bermúdez, por lo que él mismo contaba de ellos, motivo ninguno para aquellas violencias ni aquellas *romantiquerías* que traían tan exaltado á aquel hombre.

Se veía claro á primera vista que la familia de la novia estaba deseando que se casara cuanto antes, y sólo cierta comprensión *cursi* de lo que exige la decencia impelía á aquella gente á tratar con aparente rigor al fogoso Bermúdez, pensando quizás en que así le aseguraban mejor y hasta precipitaban el casamiento, que al fin se efectuó.

—Pues sí,—dijo después de un rato Bermúdez—aquí me tienes, con mi mujer, que te presento. Claro, tú no me has conocido al pronto, porque yo he cambiado mucho. ¡Oh! es que he sufrido horriblemente... horriblemente...

Y la voz de Bermúdez sonaba con un timbre agudo y estridente que hería los oídos de Ramos de un modo desagradable, doloroso. ¿Qué había pasado en aquel hombre durante los siete años que no le veía? Notaba algo extraño en todo su sér: sus miradas, que nunca tuvieron reposo y tranquilidad, eran ahora más inquietas, más volubles, más vagas; había en todo él, en su cuerpo, en sus ademanes, algo

extravagante, pero con una extravagancia inconsistente que parecía escaparse á la observación y desconcertaba al que quería fijarse en ella.

Bermúdez seguía hablando:

—Sí, he sufrido horrorosamente y sufro. Las cosas de la vida... ¡Las cosas de la vida!... Los que cree uno más fieles, aquellos son los que engañan más, aquellos son los enemigos peores. Depositás en otro tu confianza y tu cariño... ¡pues ya estás fresco!... ¡La compañera de la vida! ¡Si, buena compañera te dé Dios!

Y al llegar á este punto de la perorata del exaltado Bermúdez, su mujer dirigió una mirada suplicante á Ramos. Había en aquella ojeada la súplica del que pide á otro que oiga con paciencia las incoherentes razones de un infeliz. Esto nada más vió por el pronto Ramos en la mujer de su amigo, pero después varió de opinión y le pareció advertir en las miradas de la esposa de Bermúdez, en el cuidado con que se arreglaba el boa de plumas que rodeaba su cuello, y en otros nimios

detalles, el deseo avasallador de agradar, el afán femenino de encender los deseos del varón.

Bermúdez seguía perorando, y de entre sus frases descosidas iba sacando Ramos la historia de aquel hombre en los últimos siete años. ¡Qué triste historia!

Al poco tiempo de casarse había Bermúdez heredado á un pariente suyo, y dejando de trabajar, se había dedicado únicamente á gozar de la herencia, que era bastante considerable; pero, en el mismo momento en que creía comenzar á ser dichoso, la vida matrimonial se convirtió para él en fuente de diarios sinsabores. Fueron al principio insignificantes rozamientos en que se manifestaban las pequeñeces de aquellos dos caracteres superficiales, la falta de aptitud en ambos para ver la vida tal como es, el desencanto de él al encontrarse frustrado en sus anhelos románticos, y la desilusión de ella al notar el naciente despego de su marido y echar de menos sus tiempos de novia, cuan-

do recibía como incienso debido á su belleza las frases amatorias y los galanteos, insustanciales en sí pero sabrosísimos para ella, de sus novios ó de sus conocidos.

Aquella hostilidad creció. Cansada la mujer buscó otra vez como en sus tiempos de soltera la admiración de los hombres, se adornó cada vez con más cuidado, apeló á los afeites, y echó mano de la amabilidad exagerada y de las sonrisas prometedoras para acoger á cualquier hombre que se le acercara, no quizá con el propósito de faltar á sus deberes de esposa *por completo*, sino para satisfacer su pasión de ser cortejada y elogiada y querida. Uno de los recursos de que se aprovechaba para presentarse más interesante á los ojos de sus futuros adoradores era el hacerse la mártir, el presentarse como la víctima de las rarezas de su marido que no gozaba de la integridad de sus facultades.

Poco á poco hicieron tales manejos su efecto natural en el perturbado espíritu de Bermúdez, desarrollando en

él unos celos furiosísimos que dieron al traste con lo poco de tranquilidad y sentido común que quedaba en aquel matrimonio. Eran unos celos raros, puesto que Bermúdez no estaba ya enamorado de su mujer, sino que la odiaba con todas sus fuerzas; pero esto mismo le incitaba á ver en todos los actos de ella una intención maligna de mortificarle; y la guerra entre aquel hombre y aquella mujer aumentaba de día eu día, y sin embargo no se separaban un momento, siempre se les veía juntos, atormentándose, unidos por aquella cadena de odios, de preocupaciones sociales, de locura y de imbecilidad.

Esto fué lo que dedujo Ramos del desordenado relato de su amigo, que parecía gozarse contando sus miserias, interrumpido frecuentemente por su mujer que le contradecía y le refutaba.

Cuando Bermúdez se calló, su mujer, que había ya dirigido varias miradas lánguidas á Ramos, le dijo:

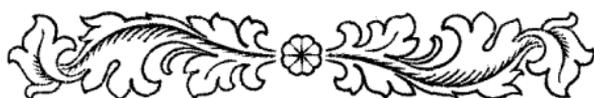
—Ya ve usted, caballero, cómo es-

tamos. Pero supongo que esto no le impedirá á usted visitarnos. Calle tal, número tantos...

El café empezaba á llenarse de la gente que salía de los teatros. Ramos se levantó y despidiéndose en pocas frases de Bermúdez y su mujer, salió á la calle.

Y al alejarse á buen paso, con la cara casi oculta por el alzado cuello del gabán, iba pensando con horror en lo que dejaba tras sí, en aquellos dos seres infortunados unidos por la cadena de sus miserias que sólo había de cortar la muerte, y todo su cuerpo se estremeció como si hubiera visto abierto ante sus piés un abismo en el que hubiera estado á punto de caer.





CARNE SOLEADA

El sol caía de plano.

Metido entre las ramas llenas de polvo de un tarahal que crecía á un lado de la carretera, el gallo se agitaba inquieto, como nervioso: quizá excitado por el calor, quizá descontento del alejamiento de sus gallinas que picoteaban ladera arriba, entre áridos pedruscos y tabaibas.

Atestado de mujeres, de cestas y de paquetes, y llevando en el pescante al lado del cochero á un mocetón en mangas de camisa tocando la guitarra y entonando una *malagueña del país*, acababa de pasar el *coche de hora*, la diligencia á Arúcas,

dejando tras sí una nube de polvo que flotaba inmóvil á poca distancia del suelo.

Periquillo estaba en sus glorias. Sin más vestimenta que una camisa colorada, achicharrado por el sol y sentado en el polvo, gozaba lo indecible tirando piedras al perro, que ladraba, pero no mordía. De cuando en cuando suspendía su *sport*, miraba hacia abajo, en dirección de Las Palmas, y entretenía por breve rato su atención la línea del horizonte que marcaba á lo lejos el mar azul. Después sus ojos se volvían al lado opuesto, hacia Tenoya, contemplaba un grupo de palmeras que alzaban al aire sus esbeltos troncos y el plumaje gallardo de sus ramas, y volvía á la diversión de apedrear al perro que procuraba mantenerse fuera del alcance de sus tiros.

—¡Déjale al perro, condenao! ¡Si voy allá te ajundo!—Esto gritó Juanita *la de Telde*, madre de Periquillo, apareciendo á la puerta de su casa terrera.

Descalza de pie y pierna, con su falda de crujiente zaraza blanca y su pañuelo amarillo á la cabeza cayendo en punta hasta el talle, morena y regordeta, no estaba aún de mal ver Juanita la de Telde, á pesar de la mala vida que llevaba desde que se casó con el sinvergüenza de Panchito Suárez, el carretero más borracho de Gran Canaria, que casi siempre estaba sin trabajo por culpa del maldito vicio.

En aquel momento apareció por el alto del recodo de la carretera Manuel el Rubio arreando á sus tres mulos: llegó hasta la casa, paró sus bestias y se metió en la venta de la de Telde, diciendo:

—Buenas tardes, Juanita. ¿Me das una copa de ginebra pa no ajogarme con el porvo?

Era el Rubio un mozo alto y fornido, con barba de un rubio claro, cortada á lo señorito; y con su chaqueta y su pantalón de hilo crudo, su *cachorra* negra ladeada en la cabeza, los recios borceguíes de cuero sin te-

ñir y el rojo ceñidor por el que asomaba el mango de su cuchillo canario, de lucientes cabos de latón y alternadas fajas de cuerno blanco y negro, presentaba un aspecto arrogante de conquistador campestre.

Y por tal se tenía. Varias veces había intentado concluir con la fidelidad que guardaba Juanita á su marido, y siempre había sido recibido por la de Telde de muy mala manera; mas estas escaramuzas no impedían el que los dos siguieran siendo amigos.

Cuando Manuel el Rubio se hubo bebido su copa de ginebra, miró á Juanita detenidamente y le dijo:

—Y de aquello que le tengo dicho, comadre ¿qué hay? ¿Se aseta ó no se aseta?

—¡Vete al demonio, *baladrón!*— saltó, hecha una furia, la ventera—Como me vuelvas á hablar de semejante bobería te rompo un güeso con lo primero que tenga á mano; que no tengo necesidad de decírselo á Pancho y darle un disgusto. Me basto yo sola.

Con la furia le gustó la mujer al Rubio más que de ordinario, y entusiasmándose le dijo:

—Tó eso lo vamos á ver ahorita mismo, porque te voy á dar un beso.

Y se avalanzó á la ventera; pero no había contado con la fuerza y la energía de la mujer que manoteaba como una endemoniada, pegándole puñetazos muy *viriles* y gritando:

—¡Sinvergüensón! ¡Cobarde! ¡Con una mujer te atreves, peaso de indeseñte!

Por fin el Rubio tuvo que declararse en vergonzosa derrota, huyendo á la carretera, riéndose de la broma, pero molido de veras.

Cuando ya se disponía á emprender la marcha arreando á sus mulos, se le ocurrió de repente una idea, cogió á Periquillo que seguía tumbado en el polvo, y le besó repetidas veces gritando á Juanita que había ya salido á la puerta:

—Mira y no seas boba. Lo mismo me dá besarle á este que besarte á tí. ¡Cómo sois la misma carne!...

Y mientras la ventera se reía, Manuel el Rubio arreó á sus bestias diciendo para su capote:

—La misma carne... ¡Rayos! ¿Qué ha de ser la misma carne, si esta del chiquillo, requemáa por el sol, paese que la han jecho con pinchos de tuneras! Mientras que la otra... ¡La otra sí que es güena, jinojo!

Y siguió el arriero su camino detrás de los mulos soñolientos, y Periquillo, con la roja camisa arrollada bajo los brazos, continuó revolcándose en el polvo, dando á las caricias del sol y del aire sus carnosidades bronceadas.





LA HOPA

—La verdad es que lo que queda de las penas infamantes para dar aspecto teatral á la última pena, debiera desaparecer. La muerte es por sí sola una cosa bastante seria para que haya necesidad de adornarla con vestimentas simbólicas, con trapajos y baratijas.

—Sin contar con que eso de los trapajos ocasiona á veces equivocaciones tristísimas en tales representaciones fúnebres. No sé si ustedes se acordarán de lo que pasó en la ejecución de Juan Bermejo hace un par de años.

—Yo estaba entonces lejos de este poblachón y sólo leí un telegrama conciso de periódico dando cuenta de la ejecución. Cuéntenos usted eso, don Lucas, y así, al lado de la chimenea,

distraeremos el aburrimiento que nos mata en estas tardes de invierno, bloqueados por la nieve y metidos en este casino, donde los que no jugamos al tresillo parecemos leprosos á quienes por gran limosna se les deja un rincón apartado y obscuro.

—Pues allá va; aunque les advierto de antemano que el relato no tendrá nada de divertido, como ustedes supondrán.

Ese Juan era un chico que á poco de nacer quedó sin padre, y á quien su madre hubo de criar y educar con todas las dificultades y todos los inconvenientes que ello tiene entre los pobres que se ven privados de su casi único sostén, del trabajo muscular del hombre, del varón, porque ya saben ustedes que el trabajo de la mujer en este país apenas puede dar lo suficiente para impedirle que se muera de hambre. Sin embargo, la madre de Juan consiguió vivir ella y hacer que viviera su hijo: un milagro, ó mejor dicho una serie de milagros que tenía que hacer todos los días.

El cariño inmenso que la pobre tenía á su hijo fué causa de que éste hiciera siempre su santísima voluntad, que no era santa ni mucho menos; y esta libertad, la privación de todo ó casi todo en que vivían él y su madre, y la maldad que sin duda era en él innata y que se reflejaba en su rostro sombrío, propio para ser descrito por Lombroso ó Garofalo, llegaron á hacer de Juan, cuando empezó á hombrear, un sér repulsivo, temible, de quien todo el mundo esperaba alguna fechoría tremenda que obscureciera los hurtos pequeños y violencias de que hasta entonces se le había culpado.

Y la fechoría llegó. No voy á relatar el crimen porque todos ustedes conocen sus detalles repugnantes que publicó la prensa. Fué el asesinato alevoso y horrible de toda una familia para robar unos míseros reales. La sentencia fué, como no tenía más remedio que ser, de muerte.

Pero hubo algo que hizo á muchos esperar en la obtención del indulto. Tras el móvil visible, por decirlo así,

del asesinato, que fué el robo, había otro móvil, ya no tan visible, que no fué puesto en los autos en luz suficiente para que pudiera hacerse sobre él juicio exacto. La taciturnidad de Juan, su aspereza natural aumentada por la instintiva hostilidad á jueces y á escribanos, y algo así como orgullo, ó mejor, pudor... sí, señores, pudor de sus sentimientos más hondos, hicieron que quedase, si no en la obscuridad completa, por lo menos en la penumbra, lo que había llevado á Juan al crimen. Precisamente en la época en que se había cometido pasaba Juan por un período relativamente luminoso: se le oía hablar algo más que de costumbre, hacía pocos destrozos en las huertas, y cuando encontraba trabajo en el campo, como jornalero, era más constante que otras veces; sólo que el trabajo en aquel invierno escaseaba mucho.

La madre de Juan había caído enferma, y aunque curó quedó muy débil, sin poder trabajar y con la recomendación del médico de que durante mu-

cho tiempo se cuidara bien, comiera carne y no se fatigara: condiciones todas que convertían el consejo del facultivo en una sangrienta ironía de la ciencia, que pide la riqueza á quien no la tiene para otorgarle un poco de salud ó para permitirle tener esperanza.

No se sabe lo que pasó entonces en el tenebroso cerebro de Juan; lo que sí tengo hoy por seguro es que se decidió á cometer el crimen por amor á su madre.

El defensor de Juan Bermejo, que era un abogadillo muy gárrulo, pero muy insustancial, no comprendió á aquel hombre tan silencioso ni supo sacar partido del amor de Juan á su madre, y su clientè fué condenado á muerte, sin dejar en la causa nada que hiciera racionalmente esperar el indulto; por más que, como ya he dicho, hubo muchos que lo esperaron.

Yo hube de verle en la capilla y asistirle en los últimos momentos para cumplir mis deberes como hermano de la Cofradía de la Pasión, que en

este pueblo nuestro presta á los reos de muerte los auxilios que en Madrid los hermanos de la Paz y Caridad; y quizás hubiera conseguido fácilmente que un compañero me sustituyera en tan fúnebre obligación; pero pudo en mí mucho la curiosidad malsana de lo horrible que se sobrepone á la compasión.

Juanestaba triste, pálido, pero sin dar muestras extremadas de cobardía. Las primeras horas las pasó tranquilo, pero por la tarde empezó á mostrarse agitado. Cada vez que entraba en la capilla alguno de los muchos que, escudados en cargos más ó menos oficiales, acuden en tales ocasiones á importunar al reo como si quisieran ayudar al verdugo facilitándole el *trabajo*, volvía Juan la cabeza hacia la puerta con un movimiento rápido y ansioso. Por más que le preguntamos por la persona que parecía esperar no quiso decírnoslo. Al anochecer, la voz del director de la cárcel que hablaba con otra persona consolándola y animándola antes de entrar en la capilla, fué

oída por Juan antes que por ninguno de los que estábamos á su alrededor. Con una sonrisa tristísima, con una expresión de su rostro que jamás olvidaré y en la que se confundían una pena inmensa, torturadora, con una alegría cruel é inefable, nos dijo el pobre Juan:

—Échenme ustedes una manta á los piés para que no me vea los grillos. Es mi madre.

La entrevista de la madre y del hijo fué como ustedes supondrán. La pobre mujer, entre su angustia y la debilidad que le había dejado la enfermedad pasada, no podía tenerse de pié más que cuando la sostenía abrazándola su hijo, con los piés envueltos en la manta que ocultaba los grillos y amortiguaba su resonar siniestro. Juan no tenía el cariño expansivo y besucón; su madre no había aprendido en el teatro, como nuestras mujeres y nuestras hijas, á lloriquear y dar gritos y tener hipo, imitando á las actrices que se dedican al drama; sólo, sí, de cuando en cuando decía:

—¡Hijo! ¡hijo!,—pero con tan flaca voz y ésta de entonación tan extraña, tan desmayada, que parecía que sólo él podía oír y comprender aquella palabra que ella repetía.

Por fin se fué la madre y Juan quedó como abismado en sus pensamientos durante más de dos horas. Cuando le pedimos que se echara á dormir nos contestó:—¿Para qué dormir? Dormir es descansar y voy á descansar mañana *del todo*.

Al amanecer empezaron los preparativos de la ejecución. Desdeluego, y á pesar de mi falta de práctica en trances de tal índole, noté alguna confusión: idas y venidas de empleados de la cárcel, órdenes dadas en voz baja y premiosa por personas que ejercían autoridad; pero enseguida volvieron á tener un aspecto más ordenado aquellos preliminares de la muerte.

En el momento de salir el fúnebre cortejo á la plaza adjunta á la cárcel, donde se levantaba el patíbulo, y darnos de lleno la luz triste del naciente sol de Diciembre, volví á notar agita-

ción y cuchicheos, algo como vacilación entre algunos de nosotros, y oí una vocecilla seca y destemplada, que me pareció la del presidente de la Audiencia, que decía:—Adelante, adelante; ya es tarde para remediar esto.

A los pocos minutos acababa el verdugo con la mísera vida de Juan.

Entonces me fijé en que la hopa que vestía el ajusticiado era amarilla, y me enteré de que las vacilaciones que había notado un momento antes de la ejecución habían reconocido por causa la observación que habían hecho algunas personas, al salir de la obscura capilla á la luz del sol, de que la hopa que vestía el reo no era del color que le correspondía. Había sido una equivocación del verdugo ó de sus ayudantes que ya no podía remediarse sin suspender la ejecución para buscar una hopa negra. Por eso se dió orden de que no se interrumpiera la ejecución y por eso Juan, el que asesinó por dar de comer á su madre, murió con hopa amarilla.

.

No sé si sabrán ustedes que la hopa amarilla sólo deben vestirla los parricidas.





ÚLTIMAS REPRESENTACIONES

Edificada la vivienda más allá de los hoteles ingleses, en la estrecha faja de tierra que se extiende entre la playa y la carretera que va de Las Palmas al Puerto de la Luz, solitaria entre las dunas que alzan hacia Poniente sus lomos arenosos, y el mar que extiende por Oriente la llanura de sus aguas hasta marcar á lo lejos la majestuosa curva del horizonte, parecía la casa albergue adecuado para el dolor ó la desgracia, asilo contra el desengaño ó el cansancio del mundo.

Nadie en las cercanías sabía con firmeza qué familia era aquella que habitaba la casita. De cuando en cuando solía verse pasear por la carretera ó

ir en una tartana alquilada hasta la ciudad á una mujer de unos treinta y cinco años, vestida de negro y acompañada de dos niñas. Pero aquí acababa todo lo que había podido averiguarse, y la casita seguía guardando su misterio, y la araucaria que crecía en el jardinillo extendía sobre ella sus ramas horizontales, como protegiendo aquel misterio, y alzaba hacia el cielo la impecable recitud de su tronco como la flecha de un templo.

Aquel misterio era facilísimo de penetrar. Si la fama no fuese cosa pasajera y efímera, todo el mundo hubiera sabido que allí vivía, que allí vejetaba el gran actor trágico italiano Leonardo Orlandi; pero viejo, enfermo, casi paralítico, hecho una ruina lamentable y pavorosa sombra de lo que fué. Allí el viejo actor olvidado de todos, cuidado y querido sólo por su hija viuda y sus nietos, esperaba la muerte.

Privado de casi todo trato humano por su aislamiento voluntario y sobre

todo por el aniquilamiento de las facultades físicas que sirven al hombre para relacionarse con sus semejantes, sentado continuamente en el sillón del que no podía moverse, sin habla, sólo sus ojos vivos, que cercados de obscuro livor centelleaban con extraño fuego, animaban aquel rostro pomuloso, dejando traslucir algo de lo que pasaba en aquel espíritu. ¿Qué había allá dentro? ¿En qué pensaba el viejo actor, el inválido del arte?

Orlandi, durante los días interminables, revolvía en su memoria los recuerdos de su vida artística, las ovaciones delirantes recibidas de los públicos de Europa y América, y gradualmente volvía en pensamiento á la vida pasada, lanzaba el vuelo de su inteligencia sobre el trabajo teatral, *estudiaba* de nuevo los papeles que habían constituido su encanto, que le habían enloquecido de entusiasmo, y que le habían proporcionado aquellos triunfos tan ruidosos y ya tan olvidados.

Y ahora que ningún público había de

oirle le parecía á Orlandi que penetraba mejor en la esencia de los personajes que había representado tantas veces.

Al llegar las primeras horas de la noche su excitación aumentaba, su inteligencia funcionaba más poderosa, su entusiasmo artístico, puro, sin las preocupaciones bastardas del dinero y los aplausos de las muchedumbres, se exaltaba. Algo influía en ello el sedimento que había dejado en él la costumbre, seguida por muchos años, de empezar en aquella hora las representaciones, y su memoria se fingía por un momento los bulevares de una gran población iluminados por el gas, la fila de coches parándose ante el teatro, el negro turbión de gente precipitándose por las puertas, los inmensos carteles en que el nombre de Leonardo Orlandi fulguraba con letras de oro.

Las *representaciones* del día eran como ensayos. La que *daba* al empezar la noche las superaba en perfección, en fuego artístico: era la representación verdadera.

A aquella hora, después de extinguido en el silencio de las dunas el resoplido fatigoso de la máquina del último tranvía, excitábanse las lúcidas facultades anímicas del enfermo; la vida intensa del cerebro, como desquitándose de la atonía y la muerte que anulaban las funciones de los demás órganos, desplegábase lozana en el campo de la imaginación, sin medios para exteriorizarse.

Entonces la mente del viejo actor volvía á interpretar las grandes figuras que había encarnado en la escena. Era como una procesión de seres apasionados hasta el delirio, de enamorados sublimes, de reyes grandiosos por sus virtudes sobrehumanas ó sus maldades demoníacas.

Agitaban su espíritu las furias de Otelo el celoso; bañábanle como con ondas frescas y purísimas las palabras amorosas de Romeo; cercábanle de negros de noche, cruzada por ráfagas sangrientas, los remordimientos de Macbeth; le envolvían y le penetraban como con nebulosidades misteriosas y

miasmas de locura las extrañas reconditeces de Hamlet; le sumían en abismos negros de superstición y crueldad con Luis Onceno; le angustiaban con el miserable suicidio de Nerón, ó le hacían sufrir de modo inenarrable con los rugidos de desesperación del Rey Lear increpando al rayo ó llevando ciego entre sus brazos caducos el cuerpo muerto de su hija, de su dulce Cordelia.

Y en aquel teatro interior de su pensamiento ¡de qué manera tan nueva y tan excelsa comprendía Orlandi los dolores humanos, y cómo al interpretarlos á su manera, á su manera *nueva*, tenía en poco los cánones y las preocupaciones á que había rendido culto, el afán impuro de producir el efecto, de arrastrar al público, de adquirir los aplausos, la fama!

¡Ah, sí! Aquel hombre que había vivido para la gloria, aquel hombre que había sacrificado su existencia al aplauso y se había embriagado con las aclamaciones enloquecedoras de las muchedumbres, comprendía que exis-

te un placer más alto, una satisfacción más pura: la contemplación cada vez más cercana y recogida de la Belleza, por el placer de su contemplación, sin deseos miserables, sin afanes de gloria.

Y así, en las tibias noches del verano canario oreadas por la brisa, inmóvil en su sillón, solo en la galería de la casita, mirando ante sí la inmensidad del mar que fulguraba con raros resplandores y en lo alto las estrellas que centelleaban desde los abismos del cielo, teniendo á sus pies la playa donde moría el agua con blando rumor y perezoso movimiento, y á su izquierda, á lo lejos, la enorme moje de la Isleta con su faro parpadeante, seguía el viejo artista su representación, sumido en las tinieblas de la noche, bañado en la exudación de belleza de su sér, vibrante de entusiasmo.

La muda representación seguía; y hacia aquel humilde escenario de la casita que cobijaba la araucaria de horizontales ramas, miraba un público de estrellas desde la *sala* del cielo, un público que escuchaba y entendía.



EL VENGADOR

Mi vida de estudiante en Madrid fué vida de apuros y de miserias. Cansado de las casas de huéspedes baratas que me permitía á duras penas la escasa pensión que me mandaba mi padre— imponiéndose numerosos sacrificios allá en nuestro pueblo castellano y labrando los ingratos terrones que constituían su patrimonio — decidí vivir de otra manera, y encontré por fin una pobre mujer sin familia, que me cedió parte de su habitación, y se comprometió á dejarme hecho el almuerzo antes de irse ella á trabajar, y á darme de comer por la noche.

La casa era pequeña, en Chamberí. Los dos balcones de nuestra habita-

ción tenían, frente por frente, las tapias de un cementerio. Pronto me encontré acostumbrado á mi nueva vivienda. Por la noche, cuando iba á comer, resonaba la casa de gritos, de canciones, de ruido de vajilla y chisporroteo de aceite frito en las cocinas en que se preparaba la cena. Durante el día la casa permanecía casi por completo deshabitada porque casi todos los vecinos eran obreros.

Y no digo todos, porque además de mí había otro vecino que no parecía obrero. Habitaba el hombre en el mismo piso que yo, en el principal, en la habitación de la izquierda, y, según supe por mi patrona, vivía absolutamente solo, sin que la vecindad le hubiera visto jamás recibir visitas de nadie; y se comentaba la rareza de su modo de vivir que unos atribuían á su carácter y otros al ejercicio de una profesión misteriosa: quizá era agente de policía, quizá era sencillamente un maturo. Lo cierto es que á veces se oía abrir la puerta de su habitación á deshora de la noche y resonar los pasos

precipitados del vecino, que bajaba á escape la escalera después de cerrar de un golpazo su puerta; abría enseguida la del portal y no volvía á vérsese por la casa hasta la noche siguiente; á veces hasta dos ó tres días después.

Yo me le había encontrado una vez en la escalera; le saludé y me contestó con un "buenos días" murmurado entre dientes. Era un hombre alto, pálido, de ojos ardientes, flaco de cuerpo y vivo de ademanes.

Aunque al principio me interesó aquel misterio de vecindad, pronto ocuparon mi atención otras cosas. Había llegado Junio y empecé á pasar los días encerrado en casa para prepararme á sufrir los exámenes de fin de curso. Estudiaba yo casi siempre en una salita que tenía un balcón al exterior.

El segundo día de Junio, cuando llevaba proximamente una hora de estudiar, oí cerca de mí el ruido que produce una silla al ser removida, y noté que provenía el rumor de la ha-

bitación ocupada por el vecino misterioso. Nada de raro tenía el hecho, dada la manera de construir las casas en Madrid, sobre todo las de poco precio, puesto que sólo un tabique endeble separaba la salita en que yo estaba de la habitación de al lado. El resto de las dos habitaciones estaba separado por la caja de la escalera.

Iba á continuar estudiando cuando los rumores de la habitación inmediata volvieron á llamar mi atención. Escuchando atentamente me parecía oír una voz humana, de inflexiones raras, que llegaba hasta mi oído, debilitada y desfigurada por el tabique medianero. Las palabras no pude llegar á entenderlas; la entonación me parecía monótona, como de frases cortas repetidas cien veces. De repente oí otra voz en la que reconocí la del vecino cuando había contestado á mi saludo, una voz airada, vibrante, clarísima, que pronunció estas palabras: —¡Calla, maldito, calla! ¡No me martirices, calla!—Después volvió á resonar la *otra voz*, pero sin que yo pudiera es-

ta vez tampoco descifrar aquella especie de rezo monótono que amortiguaban los ladrillos del tabique.

¿Con quién hablaba mi vecino? En su casa *no debía* haber nadie más que él. Yo me había levantado temprano, y mi patrona al marcharse á su trabajo no hubiera dejado de contarme el hecho extrañísimo de que alguien entrara en casa del vecino, y que ella en su semisueño ligerísimo hubiera notado infaliblemente.

Y el caso era curioso. El vecino, después de oírse un rato la voz indefinible, sollozaba con desesperación, con rabia.

Un momento después oí pasos precipitados en su habitación y el ruido de la puerta de la escalera al abrirse y cerrarse con violencia. Me asomé al balcon y ví salir del portal al vecino, solo, y alejarse precipitadamente sin volver la cabeza.

Y durante todo el día seguí yo en la salita estudiando y escuchando, y no volví á oír el menor rumor que denotara la presencia de un sér

viviente en la habitación contigua.

No dije nada á nadie, y seguí estudiando en la salita los días siguientes. A los dos dias volví á oír la *voz* extraña y la voz del vecino, impregnada de desesperación, que decía:— ¡Mátame de una vez ó calla, que el vivir así es mil veces peor que el infierno!—Después oí un golpe sordo, como el producido por la caída de una persona al suelo, y ya no escuché más que la voz del rezo monótono é incomprensible, infatigable, continuo, que concluyó por excitar mis nervios y hacerme marchar á la calle.

La víspera del día en que debía examinarme volví á oír de nuevo el coloquio extraño. Mi vecino parecía presa de mayor desesperación que los días anteriores. Mi curiosidad estaba excitada en tan alto grado que me encontraba decidido á averiguar algo del misterio, aunque fuera á costa de una imprudencia; así es que, cuando le oí decir:—¡Esto es insufrible, insufrible!—y oí sus pasos precipitados dirigiéndose á la puerta, yo también

me fuí corriendo á la de mi habitación, la abrí rápidamente y, en el momento en que ponía el pié en el descansillo de la escalera, ví abrirse la puerta de enfrente y aparecer mi vecino, pálido, demudado y tembloroso. Y una voz que resonó en el interior de la habitación y que reconocí como la voz del *rezo* monótono pronunció:—¡Asesino! ¡Asesino!—Mi vecino me vió entonces frente á frente, á dos pasos, dió un grito de terror y cayó al suelo con un fuerte ataque nervioso.

En toda la casa no había á aquella hora más personas que nosotros dos y el desconocido que había dicho «¡Asesino!». Dentro de la habitación de mi vecino el silencio era completo. Lo apurado de la situación me impelía á obrar sin indecisiones. Dí algunas voces de «¡socorro!», y al ver que nadie salía, me introduje en la habitación que era pequeñísima; la recorrí en un momento y no encontré á nadie. ¿Quién entonces había dicho «¡Asesino!»? Dejando para más adelante el dilucidar mis dudas, socorrí como pude á mi

vecino, y cuando el ataque cedió algo le llevé casi en brazos á su cama.

El hombre tardaba en reponerse; su mirada indecisa se fijaba en mí y en un rincón de la habitación alternativamente. Miré al rincón y ví sobre una silla á un loro en una jaula, que yo no había notado en mi precipitación, y supuse que el loro era el que había gritado «¡Asesino! ¡Asesino!» Pero entonces ¿á qué venía el terror inmenso de aquel hombre?

Ya he dicho que mi curiosidad era inmensa; así es que, sin poder contenerme, le pregunté á mi vecino imperiosamente, como si hubiera sido él un chico ó yo un juez:—Vamos á ver ¿qué ha pasado aquí?

El hombre estaba en un estado especial muy cercano del delirio, y señalando al loro, que se balanceaba en la jaula, me preguntó:—¿Se lo ha contado á usted ese?—Yo contesté:—Sí, me lo ha contado, pero es preciso que usted me lo cuente á su vez todo, absolutamente todo.

Y mi curiosidad era tan fuerte, mis

miradas tan fijas y tan imperiosas, que creo que casi hipnoticé al pobre enfermo. Éste se agitó en el lecho y, con estremecimientos epilépticos, con los ojos desmesuradamente abiertos, como espantado de lo que le hacía ver la alucinación de que sin duda era víctima, gimió:

—«Sí, tiene razón; soy un asesino. ¡El asesino de mi mujer!... Cuando me casé no la quería: fué un capricho, un arranque de vanidad. Después de casado la odié con toda mi alma, la eché toda la culpa de nuestra unión. Y nuestra unión era monstruosa: éramos los dos seres de la tierra menos apropiados para entenderse; pero ella siquiera sabía sufrir; yo no, yo sólo sabía *hacer sufrir*, yo inventaba todos los días desprecios nuevos, humillaciones no oídas, ultrajes á su delicadeza que ella no había presumido jamás.

«Y mi obra de tortura moral tuvo su efecto. Mi mujer se puso delicada, luego seriamente enferma con una de esas enfermedades que los médicos

no entienden, un gran desarreglo nervioso complicado con una lesión del corazón; después, en el último período de su enfermedad, su razón se perturbó, pero en sus mayores desvarios mentales el odio que había llegado á cobrarme con justicia estaba en frases desesperadas. Yo no la atormentaba para matarla, no; la atormentaba ya por necesidad imperiosa de mi sér, por atormentarla...

«Murió mi mujer...

«Ese loro que está ahí estaba entonces también en mi casa pero no hablaba, ¡ah! *no hablaba*, ¡no había hablado nunca! El día siguiente de morir mi mujer, cuando después del entierro y de terminar las visitas de mis amigos quedé solo en mi casa, de noche, oí al loro, á *ese* repitiendo las palabras de odio que me dirigía mi mujer en el último período de su enfermedad. ¡Las mismas! Y lo terrible era que la voz tenía un parecido extraño con la de mi mujer, y al mismo tiempo un poder diabólico sobre mí, porque yo, que no tuve lástima de

aquella desdichada, no me atreví á matar al loro, ni á tirarlo á la calle. Me encontré unido á ese bicho infernal por lazo misterioso; cuidé desde entonces más que nunca de que no le faltaran los cuidados necesarios, y me vine á esta casa, sí, me vine aquí porque me pareció que era sitio á propósito para que nadie se enterara de mi vida.

“Así vivo, sufriendo el martirio de oír continuamente los insultos y las frases de odio que me dirigía mi mujer en sus raptos de locura *clarividente*, pues en sus raptos era cuando ella veía con más claridad la negrura de mi alma; así vivo: cuando estoy despierto escuchando á ese bicho diabólico; cuando duermo viendo cosas horribles en espantosas pesadillas de las que despierto temblando, bañado en sudor frío, y buscando ansiosamente con la vista al loro, al que he visto en mi sueño transformarse en algún animal apocalíptico, en algún monstruo hórrido... y á veces bebo: sí, el alcohol me da ánimos, me da

valor para aguantar á *ese*, para insultarle á mi vez, para decirle que si mi mujer resucitara la volvería á matar... pero á *él* no, ¡no puedo! ¡no puedo!...”

Al llegar aquí el delirio maniaco de mi pobre vecino se desbordó; las palabras desordenadas y confusas, sin ilación ninguna racional, degeneraban en gritos inarticulados, en débiles gemidos, y al fin quedó callado, quieto, como muerto, y el sueño acabó por apoderarse de aquel pobre cuerpo y darle tranquilidad durante algunas horas. Y yo llevé allí mis libros y me enfrasqué en las arideces del derecho civil, echando de cuando en cuando una ojeada al loro, que tras los barrotes de la caja de lata de su jaula, columpiaba rítmicamente su cuerpo verduoso, sin decir palabra, sin producir el menor ruido, mirándome fijamente con la cabeza inclinada.

Quando mi patrona llegó á casa, dejé al enfermo en la cama, muy mejorado, y al día siguiente me fui temprano á la universidad.

Al volver por la noche á casa, me recibió mi patrona rabiando por charlar.

—¿No sabe usted la noticia, don Daniel?—me dijo al abrirme la puerta.

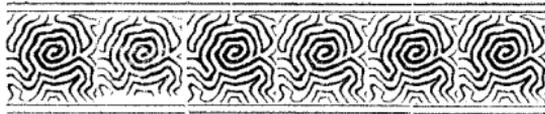
No tuve que responder á su pregunta para saber que mi vecino se había mudado de casa sin dejar á nadie las señas de su nueva vivienda. Lo que más había chocado á las mujeres del barrio que habían presenciado la mudanza, era que no quiso que fuera en el carro ni en manos de ningún mozo una gran jaula de hoja de lata con un loro dentro de ella. Él mismo llevó la jaula, cubierta con un paño verde que casi ahogaba los chillidos del loro, amedrentado por el tragín de la mudanza, según las mujeres, porque gritaba:

—¡Dios mío! ¡que me matas, asesino! ¡asesino!

Han pasado muchos años desde entonces y, sin embargo, aún tengo presente ante mis ojos la lívida cara de aquel hombre con sus ojos hundidos y fosforescentes y sus labios tem-

blorosos; y aún resuenan en mis oídos
los gritos estridentes del pajarraco,
¡del VENGADOR!





LAS BRUJAS DE JOAQUÍN SANTANA

En una noche de Agosto, sentados al fresco en la puerta del Casino, y ocupando, como de costumbre, la acera con nuestras sillas, el capitán de fragata retirado D. Pablo nos contó lo siguiente:

—Ya saben ustedes que rodé por esos mundos durante mi juventud; pero cuando empecé á estar maduro me acogí á puerto y me vine á ser comandante de Marina de Las Palmas, donde he nacido, y de comandante estuve hasta que me retiré.

Yo ejercía entre la gente de mar, entre los marineros de pesca de la costa de África sobre todo, una especie

de dictadura con la que me arreglaba divinamente; y tengo la pretensión de creer que la tal dictadura era muy del gusto de la gente que me obedecía.

A veces hasta llegué á deshacer matrimonios mal hechos. Verán ustedes.

Yo conocía, como á casi todos, á un marinero formalote que había hecho la campaña del Pacífico ganándose en ella una cruz por su comportamiento en El Callao, y otra por una de esas acciones heroicas que tienen por escenario un palo y unas cuerdas y que ustedes los de tierra no conciben. Fué que en la travesía del Cabo de Hornos, en un temporal deshecho, salvó al barco en que servía tomando el rizo de una vela con riesgo infinito y con habilidad y con coraje.

Se llamaba el hombre Joaquín Santana, andaba en uno de los barcos pesqueros de la costa de África, y yo le preciaba bastante por su formalidad demás. Sabía que se había casado con una tal Carmilla *la Maja*, de quien no tenía muy buenas noticias,

pues se decía si tenía ó no tenía un lío.

Cuando hete aquí que me veo entrar un día en mi despacho al bueno de Joaquín Santana, muy turbado y con la lengua muy dificultosa para decirme lo que se le ocurría.

—¿Qué es lo que te trae por aquí, Joaquín?—le pregunto.

—Pues misté, mi comendante;—contestó el marinero—yo á lo que vengo es á ver si usted me asepara de mi mujer.

—¿Separarte yo de tu mujer? ¿Qué dices, hombre? ¿Tienes algún motivo?

—Pues, mi comendante, el motivo es asina... que para mí si es motivo, porque, mi comendante, mi mujer por las noches se va y me deja en la cama, ¡y no le echa la llave á la puerta, sino que la deja abierta!

¿Y qué tiene que ver la puerta, hombre? Tu mujer no irá á hacer nada malo: irá á visitar á alguna amiga.

—No, mi comendante; si á mí no me importa cosa mayor adonde va mi mujer; pero, ya ve usted, ¡dejarme la

puerta de casa abierta! ¡de noche!
¡cuando estoy solo en la cama!

Aquella mansedumbre me enfureció y le dije cuatro frescas; pero él no se dió por entendido, y siguió inculpando á su mujer por el grave delito de dejar la puerta abierta; y cuando yo le pregunté si tenía miedo á alguien me contestó:

—Las brujas, mi comendante. Sí, ríase usted todo lo que quiera. Yo en la mar todo lo que se me pida, mi comendante. Ya sabe usted que me gané la cruz en el Cabo de Hornos con aquel juriacán, en aquella noche de los demonios, con el frío y el hielo que había en las vergas. Pues sí; en la mar todo lo que se quiera; pero en tierra no me gustan juegos, y ya ve mi comendante: yo en la cama, solo en la casa... la puerta abierta... las brujas... de noche... náa, que yo quiero asepararme de mi mujer.

—Pues sí te separaré,—le contesté,—pedazo de animal, cobarde. ¿Conque en vez de coger al *tiesto* de tu mujer y romperla á palos todas las cos-

tillas que tiene, me vienes con brujas y con historias? Quítateme de delante si no quieres que te largue una de *toletazos* que te vuelva loco.

Enseguida, por medio del cabo Paz, que era mi policía para estos casos, me enteré de que la tal Carmilla la Maja era una *personaja* de lo más arrastrado, que tenía un querindango; y le dije al cabo que tanto ella como su marido Joaquín se me presentaran al día siguiente.

Con los datos que tenía no se extrañarán ustedes que en cuanto vi entrar en mi despacho, sonriendo con muy poca vergüenza, á Carmilla la Maja, que era guapa ¡eso sí!, la disparé como primer chupinazo:

—Valiente cara tienes de perra. Mira, aquí vamos á arreglar esto en un momento para que te separes de tu marido; porque si no os separáis por las buenas os separo yo á estacazos.

—Señor,—dijo á esto Joaquín—yo estoy conforme, para que no haya dificultad, en que se repartan los muebles.

—Bueno, pues á repartirlos. Habrá una cama ¿no es eso?

—Si, señor, mi comendante. Pero la cama que se la lleve ella.

—Pues que se la lleve. ¿Qué más hay?

—Pues hay los cuadros de Gonzalo de Córdoba y de Zulema, que esos, mi comendante, los quisiera pa mí, porque me gustan, y como Gonzalo de Córdoba...

—Está bien: tú te llevas los cuadros.

En fin, que así, con pocas palabras se procedió al reparto. La mujer se llevó la cama y cuatro sillas y una rinconera y alguna cosa más, y él se quedó con otras cuatro sillas y otra rinconera y los *cuadros* de Gonzalo de Córdoba y Zulema y no sé qué más. Y todo quedó arreglado en un momento sin expedientes ni papelotes, y yo tuve la satisfacción de saber al poco tiempo que Joaquín Santana se había embarcado en uno de los barcos de la pesca del *salado*, y que cuando venía á Las Palmas desembarcaba para comprar su provisión de tabaco,

ron y *rapadura*, y volvía á bordo para no desembarcar ya hasta el otro viaje, libre así de los líos de su mujer y sobre todo de las brujas, que siguiendo una superstición muy general entonces entre la gente de mar, tanto le atemorizaban en tierra.

Y mi contento subió de punto, porque yo soy así, un día de Enero ó Febrero en que me encontré en el Risco con un barullo que parecía una *juerga*, al preguntar por la causa de aquel holgorio y oír que me contestaban:

—Es que se ha muerto Carmilla la Maja.

—¿Sí? Pues que la entierren—me dije;—así quedará tranquilo del todo Joaquín Santana.

No volví á ocuparme del asunto. Llegó Mayo y con él la fiesta de *la Catumba*. Yo estaba muy embutido en mi uniforme de gala, en la iglesia de San Telmo, rodeado de los pilotos y de toda la gente del puerto, oyendo la misa, cuando veo que el cura se pone á leer unas amonestaciones y oigo con asombro:

—Joaquín Santana, viudo, con fulana de Tal, viuda.

¡Ah, perro! ¿Conque después de haberme hecho trabajar como un condenado en deshacer tu primer matrimonio, y venirme con el miedo de las brujas y el reparto de los muebles y los cuadros de Gonzalo de Córdoba, te me vuelves á casar? Vas á ver lo que es bueno.

Enseguida le digo á mi factotum el cabo Paz:

—Que se me presente mañana Joaquín Santana.

Se me presentó el hombre; y cuando le pregunté que por qué se casaba después de lo pasado, me respondió:

—Mi comendante; es que me hace falta mujer para mi casa; pero no tenga cuidado mi comendante; esta no es como la otra, es una mujer formal.

—¡Qué formal ni qué calabazas! Ahora te parecerá formal y á los cuatro días vendrás para que te descase por miedo á las brujas.

—No, señor, mi comendante; si usted la viera no diría eso.

—Pues á traérmela enseguida.

—Está ahí afuera, en la puerta, esperándome.

—Que entre, que entre. Vamos á ver á esa buena pieza.

Y entró la mujer, y después que la vi, di mi consentimiento para el matrimonio sin temor de que Joaquín Santana volviera á tener nada que ver con las brujas.

¿Que por qué? Pues porque era vieja y fea como un demonio.

¡No, lo que es con esta no tendría motivo Joaquín Santana para tenerles miedo á los brujas!





MONÓLOGO DE UN PSEUDO-MUERTO

Empiezo á aburrirme. Hasta ahora me hacía cargo de lo que pasaba á mi alrededor, pero no pensaba, no elaboraba nada mi inteligencia. Ahora parece que sacudo uu poco el amodorramiento en que me encontraba sumido; pienso con claridad, pero con enorme lentitud, empleando para el juicio más sencillo ó para formular la oración más diminuta cuádruple tiempo ó más que en el estado normal, cuando estaba vivo.

Porque soy un muerto: *hemos quedado* en esto.

Como mi *amante* mujer no hizo con mucho cuidado la operación de cerrarme los ojos, quedaron mis pár-

pados levemente entreabiertos, y veo por las estrechas hendiduras, á la luz de los cuatro cirios que me rodean, las puntas de mis pies que sobresalen de la caja, y detrás una silla de las que amueblan mi sala, luciendo su asiento de seda azul como los de sus compañeras. Ya sé qué silla es: la que tiene una pata rota y arreglada por mí. Símbolo de lo que han sido mi vida y mi casa: sillas rotas forradas de seda lujosa, bambollería, ¡farsa!

Y ya que puedo pensar y que me aburro enormemente, voy, para entretenerme, á hacer, para mí mismo, un resumen de las circunstancias que me han traído al estado en que me encuentro; voy á recapitular, como dicen los oradores.

Toda mi vida ha sido una equivocación. Se equivocaron mis padres al creer que haciéndome estudiar leyes me daban la llave de oro del porvenir; me equivoqué al irme á mi pueblo de la Mancha después de tomar el título, y creer que iba á ganar fama y dinero ejerciendo la abogacía y metiéndome

en política; me equivoqué al casarme con una mujer frívola, de mal gusto, cursi, enamorada del lujo chillón; me equivoqué cuando abandonando á mi pueblo y vendiendo los majuelos que me dejaron mis padres me vine á Madrid, donde después de algunos esfuerzos infructuosos para hacerme lugar en el foro, tuve que aceptar la vida irritante del *déclassé*, del derrotado en la lucha por la existencia.

Cuando supe que mi mujer me engañaba con Angel Negro me enfurecí mucho. Después empecé á pensar con delectación en que, si mi mujer se quedara viuda, sería su mayor castigo el desdén de Angel, porque bien sabido me tenía yo que él sólo va á las casadas porque piensa que así no corre el peligro de casarse. Así vería mi mujer lo que es desprecio... y lo que es miseria, ya que yo no he de poder dejarla nada al morir ni ella lo tiene.

Decidí morirme, y aquí entra lo extraño de mi caso, lo que haría creer á muchos de mis amigos que han estado

en lo cierto al creerme loco. ¡Cuántas veces he sorprendido sus cuchicheos y sus signos de inteligencia cuando dudaban de la lucidez de la mía!

Hace tiempo que estando yo una mañana en la cama, hice, en parte inconscientemente y en parte por una extravagante derivación de mi voluntad, la experiencia de ir conteniendo el aliento, los latidos del corazón, la circulación de la sangre: de suprimir, en una palabra, todos los signos de la vida. Pero tan pronto como llegaba á obtener lo que me parecía la perfección, me asustaba algo, y mediante un violento esfuerzo de la voluntad *volvía á la vida*.

Hay que admitir que yo he tenido siempre dotes ó facultades especiales para *fingir* la muerte, pero creo que la mayor parte de los hombres, con esfuerzos poderosos de su voluntad y mucha observación sobre sí mismos, podrían alcanzar lo que yo. El caso es que yo *sé morirme*.

Esta particularidad mía de poderme sumergir en un estado parecido

por su exterioridad á la catalepsia, creo que fué causa de que me considerase como caso raro aquel hipnotizador que trabajando en un teatro me invitó para que subiera al escenario al fijarse en mi aspecto de neurótico. A los primeros pases quedé, *al parecer*, dormido; pero no logró el hipnotizador, con gran asombro suyo, imponerme su voluntad ni hacer que le obedeciera.

En mis ataques de neuralgia, en las mil formas que ha tomado el histerismo para atormentarme, he utilizado este fingimiento de la muerte con los mejores resultados para mí: en estos casos mi inteligencia y mis sentidos funcionaban, pero el dolor cesaba por completo, y como si este estado anormal fuera un tónico para mis desarreglados nervios, aún después de despertar, ó, mejor dicho, de volver á la vida *completa*, quedaba libre por algún tiempo de mis sufrimientos.

Al decidir castigar á mi mujer, pensé en que mi muerte—mi muerte *natural*, sin suicidio dramático, sin re-

mordimientos para ella—sería lo mejor, porque así el castigo vendría solamente del otro y de mi ausencia.

Pensando vagamente en esto me fingí enfermo anteayer, vino á verme el viejo D. Timoteo, le hablé de vértigos, de palpitaciones, de alucinaciones, le asusté con un derroche disparatado de síntomas histéricos, y el pobre hombre se marchó confuso, dejando una receta inofensiva.

Por la noche, algo antes de amanecer, después de decir á mi mujer que me sentía muy bien y que me dejaran solo y sin luz para dormirme, puse en práctica mi proyecto.

En el momento de *morirme* me acordé de que para llevar á cabo mi plan tenía que morirme de veras ó dejarme enterrar vivo; pero estaba yo encaprichado por mi idea, y empecé á emplear todo mi esfuerzo en quedar en el estado semejante á la muerte á que he llegado en otras ocasiones, dejando para más adelante el decidir la manera y el momento de resucitar, ya que en mis anteriores aletargamientos

aparentes, de que nadie ha tenido conocimiento más que yo, siempre he conservado la lucidez de mi inteligencia.

Conseguí mi objeto; quedé muerto aparentemente. La criada que me velaba fué la que despertando de su sueño, y entreabriendo las maderas del balcón para que entrara algo de la luz naciente, al mirarme para ver si estaba despierto y quería algo, notó que yo estaba muerto. Salió precipitadamente, y al poco rato tuve en mi cuarto á mi mujer que me abrazaba diciendo á grandes voces:—¡Eusebio! ¡Dios mío! ¡Eusebio!—Cursilerías que se creyó en el caso de hacer delante de la criada.

Un par de horas después de esta escena fué cuando llegó Gustavito Téllez, *Gustavo el Calavera* como solemos llamarle, aplicándole el título de una novela de Paul de Kock. Es médico de la última hornada y ha empezado hace poco á practicar, protegido por Don Timoteo, á quien desprecia como es natural. Por lo que oí llegué

á comprender que su visita tenía por causa el haber enfermado anoche el viejo Don Timoteo.

Gustavo entró en mi alcoba cuando sólo estaban en ella dos vecinos y la criada; me miró, me cogió una mano, la dejó caer y cambió algunas palabras con los vecinos. Como yo le conozco bien, comprendí que echaba en su interior la culpa de mi muerte al bueno de Don Timoteo. Enseguida pidió papel é hizo unos cuantos garrapatos para el médico forense: todo para que mi muerte fuera natural y no me hicieran la autopsia.

Allá por la tarde, no sé á qué hora, cuando ya mi inteligencia se había sumido en el extraño amodorramiento y en la rara inmovilidad de que ahora va saliendo, llegó el forense, soplando por la fatiga de subir tanta escalera, leyó el papel de Gustavo, me puso una mano en la frente y suscribió acto seguido el certificado de defunción.

En el estado de enervación de mi voluntad y pereza de mi inteligencia, que fué avanzando, recuerdo, aunque

confusamente, que me vistieron con una levita que ahora reconozco como la más vieja de las que poseo; después, al anochecer, ya *instalado* en mi caja, tuve á mi lado á mi mujer y empecé á gozar de mi obra, saliendo un tanto de mi entorpecimiento. A través de sus lágrimas y sollozos, entre las frases de desesperación dichas por costumbre y por el *buen parecer*, he adivinado la preocupación de lo porvenir que embargaba su pensamiento, la obsesión de la miseria amenazadora. También algo de confianza en el *otro*, y esto me ha hecho gozar infinitamente, pues demasiado sé que el *otro*, con su frialdad y su tacañería y su famoso sistema de evitar compromisos, me vengará magníficamente.

Pero para esto es preciso que yo no *resucite*, porque si vuelvo á la vida, como *me parece* que era mi intención ayer, las cosas seguirán como hasta aquí.

Ya amanece. Siento el fresquillo de la madrugada que entra por las persianas entreabiertas del balcón; el re-

flejo de la luz de los cirios en la seda azul de la silla cambia de tono, es más pálido; hay más claridad.

Creo que voy cayendo otra vez en el entorpecimiento de antes; por grados tenuísimos que no puedo apreciar casi, me sumerjo en un bienestar dulcísimo.

.
Otra reacción. He estado sin pensar largo rato. Durante este tiempo la acuidad de percepción para lo exterior parecía que más bien aumentaba, pero en cambio no producía en mi interior movimiento alguno. Yo oía perfectamente, sentía en mi epidermis el calor de los cirios, los más leves movimientos del aire que agitaba un hombre al andar, pero no los *comentaba* en la inteligencia. Mi estado ha sido y es de bienandanza exquisita, pero sin sentir placeres especiales, determinados. El llanto de mi mujer que entra á despedirse de mí, ya no me interesa, ni lo que pueda sucederle en lo porvenir, ni mi vida pasada. ni amores ni odios.

Confusamente siento que me bajan por las escaleras de mi casa. Un choque en la caja al colocarla en el coche.

Ahora es que andamos. ¿Tardamos mucho? ¿Poco? No sé, no aprecio bien el tiempo...

Otro choque violento. Otra reacción. Deben estar enterrándome. ¡Ah!, es en la tierra, no en nicho. Es en la tierra..... Hay que despertar, es el único momento que queda. Hay que despertar..... ó morir.

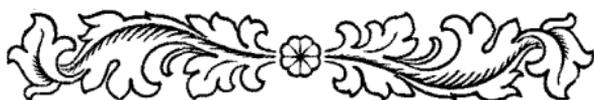
¿Y por qué no me he de dejar morir, morir del todo? La muerte se me presenta dulce, atrayente, como el Nirvana deseado. Venganzas, mi mujer, el *otro*, mis ambiciones, mi vida: todo se va alejando de mí, como si no fuera nada mío; todo se diluye en una niebla gris que se aleja, que se aleja...

Y esta pereza de mi voluntad, esta pereza inefable que me invade poco á poco, esta delicia del descanso, del descanso absoluto, esta paz..... ¡A morir, á morir!

Un ruido sordo en la tapa de mi ataúd.

¡Ah, sí! Es una paletada de tierra.
Otra. Otra... Ya no oigo; no siento el
contacto de mi cuerpo con la caja.....
Silencio..... ¿Es otra?..... Silencio.. .
No siento..... Es la muerte que vie-
ne..... cerca..... cerca.....





LOS CANGREJOS

En aquella reunión de solterones en que todos habían dado las razones que tuvieron para no casarse, sólo el más joven de ellos callaba; pero por fin también rompió el silencio diciendo:

—Siquiera, todos ustedes han roto con sus prometidas por causas graves, por accidentes de importancia; pero yo no estoy casado á estas horas por pescar cangrejos.

No, no se rían ustedes; es la verdad pura. Van ustedes á ver cómo fué la cosa.

Viviendo yo en Barcelona, hace algunos años, nos dió la ocurrencia, á cuatro amigos y á mí, de ir casi todas las tardes á pescar cangrejos en la

escollera del Este que arranca del barrio de la Barceloneta.

La pesca nos divertía. Llevábamos cada uno un trozo de guita, á uno de cuyos extremos añadíamos un lazo corredizo, hecho con lo que llaman los pescadores *hilo de gusano*, nos poníamos en los bloques de piedra artificial que hay allí á flor de agua para resguardar al espigón de la fuerza de las olas, y allí nos estábamos metiendo nuestro lazo entre las aberturas que dejaban entre sí los peñascos, y hostigando con él á los irritables cangrejos, que movidos por el furor, meneaban sus bocas amenazando al lazo de hilo de gusano. Este es el momento propicio: se baja un poco el lazo, se rodea con él una de las bocas del cangrejo y se tira del hilo con rapidez. El cangrejo sale colgado y pataleando. Es casi, casi, lo que hacen los gauchos en la América del Sur y los *cow-boys* en la del Norte con los caballos y los toros salvajes.

La única contrariedad que tiene es-

ta pesca, que se parece á una caza, es que hay que hacerla en las piedras á flor de agua. Así resultaba que, aunque el mar solía estar siempre tan sereno y tranquilo como debe estar en verano en aquel Mediterráneo de nuestros pecados y de nuestras pescas, muchas veces nos mojábamos los pies. El más pequeño movimiento del agua, la más ligera racha de viento bastaba para ello. Y ya saben ustedes lo pronto que se rompen las botas cuando las moja el agua de mar.

Para evitar este inconveniente apelaba yo al recurso de quitarme las botas y los calcetines, y remangarme luego los pantalones y los calzoncillos todo lo que podía, dejando al desnudo las piernas; después me quitaba la americana, y me quedaba tan fresco y tan cómodo que no había más que pedir.

Eso sí, la figura que yo hacía en semejante pergeño debía ser más propia para ser copiada por un periódico caricaturesco que para ser modelada y expuesta en un museo de arte clásico.

Porque en mangas de camisa, con las piernas desnudas como un *lazzarone* napolitano, mis gafas de miope caballeando en mi nariz descomunal, y mi fealdad que no necesito encarecer porque á la vista salta, quedaba yo muy distante del Apolo del Belvedere.

Yo ya lo sabía, y como entonces disfrutaba de muy buen humor, tan pronto como algún bote ó vaporcito de los que llevaban gente á pasear fuera del puerto se acercaba, me levantaba para que los pasajeros pudieran examinarme á sus anchas. Casi siempre obtenía un éxito colosal que se manifestaba en palmadas, silbidos y alguna que otra cuchufleta; pero yo seguía impertérrito, *abusando de mi físico*.

Una de las tardes que estábamos dedicados á nuestra recreativa pesca, oí golpes de remos acercándose: levanté la vista que tenía entonces muy entretenida presenciando la retirada de un cangrejo que no quería dejarse vencer, y ví, á poca distancia ya, un bote lleno de gente en cuyos vestidos predominaban los colores alegres y

claros que usan las mujeres jóvenes en verano. También se veían algunos hombres, además de los dos remeros, pero pocos. Entre las sombrillas y los sombreros de paja con que se resguardaban del sol, no veía yo bien las caras de las pasajeras.

Contra lo que solía suceder en casos semejantes, no suscitó mi aparición sobre la piedra en que estaba ninguna manifestación burlesca. Noté algunos cuchicheos entre los del bote, alguna risotada pronto apagada de los remeros, pero nada más. Mi *orgullo artístico* se ofendió de aquel fracaso y me inspiró el afán de hacer algo que llamara la atención.

Como una de mis habilidades consistía en saber bailar el *can-can*, aunque no con todas las reglas del arte, emprendí la ejecución de un *grand-écart* airoso para asombrar á la gente del bote. Pero no había contado con el *escenario*. Al levantar la pierna derecha, el pié izquierdo, mojado y descalzo, resbaló en el bloque, cubierto del verdín escurridizo que forman las

plantas criptogámicas en los peñascos que moja el mar, y caí de espaldas, al mismo tiempo que el agua, en una de sus ondulaciones, rebasaba la piedra. Me mojé algo y me levanté enseguida, volviendo á ejecutar el *grand-écart* con más precauciones que antes y con el mejor éxito. A todo esto se alejaba el bote mar adentro y pronto dejé de ocuparme de él.

Las sombras del crepúsculo nos hicieron dejar la pesca, y procedimos al reparto de su producto. Por lo general este reparto era sencillísimo: consistía en entregar todos los cangrejos á uno de los pescadores, empleado con cinco mil reales de sueldo y cinco hijos que mantener, además de su mujer, que era capaz de convertir en comestibles las peñas de la escollera si se las llevaba á casa su marido. Pero aquel día me dió el antojo de reclamar para mí media docena de cangrejos que me llevé envueltos en un pañuelo.

Cuando llegué á la casa de huéspedes en que paraba, estaba ya puesta la mesa para la comida. Desde el co-

medor aceché la ocasión de que la criada dejara por un momento la cocina, entré con mis cangrejos, los lavé bien en el chorro de la fuente, y los precipité dentro de la olla en que hervía la sopa. Enseguida volví al comedor y me senté en mi sitio acostumbrado.

Al aparecer el primer cangrejo en uno de los platos, depositado allí por el cucharón que lo había extraído de las profundidades de la sopera, corrió una exclamación de asombro por toda la mesa. Nadie sabía lo que era *aque- llo*; la patrona juraba por todos los santos que ella no había mandado echarlo.

Por fin tomé yo la palabra, hice una sabia disertación sobre el cangrejo de mar, elogiando sus cualidades nutritivas y lo sabroso de su carne, animé á los demás á que probaran la sopa, que debía estar riquísima, y dí el ejemplo. Mis compañeros de hospedaje escucharon mis excitaciones, tomaron la sopa, y no la encontraron mal, aunque unánimemente declararon que mis elogios al cangrejo eran exageradí-

simos. La patrona siguió mirándome con manifiesto encono.

Cuando acabábamos los postres sonó la campanilla y enseguida la criada me entregó una carta que acababan de llevar para mí. Conocí la letra de mi novia en el sobre, lo rompí, leí de una ojeada la carta, y me quedé taciturno y pensativo, lo cual hizo que me preguntara la patrona con sorna:

—¿Qué, también se ha encontrado usted un cangrejo en la carta?

No, no me había encontrado ningún cangrejo; era que la carta decía poco más ó menos así:

«Enrique: Ya comprenderá usted que después del ridículo espectáculo que me ha dado usted esta tarde, avergonzándome ante las amigas que me acompañaban á pasear en bote, son imposibles nuestras relaciones.

«Hemos acabado para siempre y le ruego que evite hasta el saludarme en la calle.

EULALIA.»

Y ahí tienen ustedes: aquella mujer

había dado todas las pruebas posibles de quererme con locura, sufriendo por mi causa una porción de disgustos, resistiendo valerosamente la oposición de su familia á nuestros amores, y había conseguido vencer mi antipatía al estado matrimonial decidiéndome á casarme cuanto antes, como proyectaba.

Después, cuando he pensado con calma sobre lo pasado, he sentido gratitud inmensa á la casualidad que me deparó ocasión de conocerla, y me he felicitado del rompimiento. Porque ¿qué hubiera sido de nosotros, dada su morbosa sensibilidad á los alfilerazos del ridículo, en la prolongada vida común que da á cada paso tantos motivos para presentar al hombre en las actitudes que menos le favorecen? ¿Cuántos cangrejos no hubieran aparecido en la prosáica sopa matrimonial viniendo á turbar nuestra tranquilidad bajo el imperio del *dulce yugo?*



ILUSIONES

Todas las mañanas se le veía sentado en uno de los bancos de Recoletos. En cuanto llegaba desdoblaba *El Imparcial* acabado de comprar y se engolfaba en su lectura. Era un viejecito pulcro, afeitado, de mirada melancólica y aspecto tímido.

Don Benigno Suárez, que así se llamaba, había quedado viudo muchos años atrás, y sólo tres hacía que había perdido á su hija, su Luisa, su encanto, su felicidad. Al morir su hija murieron en él las ilusiones y la ambición, dejó el empleo que había desempeñado largos años y se dedicó á vegetar con lo que le daba su casa jubilación y algunas rentillas.

Siempre en sus expediciones matinales á Recoletos le acompañaba su perro de lanas, que se acostaba á los pies de su amo y como él tenía el aspecto triste.

Un día reparó Don Benigno en una aguadora que tenía abierto su puesto. Muchacha de unos diez y ocho años, rubia, pálida con la palidez mate de las madrileñas, presentaba en el descaro con que miraban sus ojos pardos, y en sus repentinos rubores cuando á ella la miraban, extraña mezcla del desgaire chulesco y la timidez de la colegiala.

Al cabo de algunos días reparó Don Benigno en cierto parecido entre su hija difunta y la aguadora. No podía precisar en qué consistía la semejanza: no era en las facciones, no era en la estatura, no era siquiera en el color del pelo, á pesar de ser rubia la aguadora y haber sido rubia su hija. Era en ciertas miradas de los ojos descarados de la aguadora, en algunos movimientos de su cuerpo esbelto, y sobre todo en al-

go que Don Benigno creía emanación del alma, en fugaces exteriorizaciones del sér íntimo que creía sorprender el viejo.

No resistió al impulso que le llevaba á acercarse á la aguadora. Una mañana, en vez de sentarse en el banco de costumbre, lo hizo en una de las sillas del puesto, y pidió agua con azucarillo. La muchacha le sirvió con amabilidad, sonriendo como á un conocido, y pronto trabaron conversación.

Apenas empezada, Don Benigno sintió una emoción grandísima al oír que la aguadora se llamaba Luisa, igual que la hija muerta. Al quedar huérfana la había recogido una tía suya, que era quien le había *agenciado* el puesto de agua; pero estaba deseando cambiar de suerte. Su tía no le tenía cariño; era una egoísta, de corazón seco, que jamás la hablaba más que para preguntarle por la recaudación del día. ¡Ah!, si no fuera porque ella era honrada, tiempo hacía que la hubiera plantado, haciendo

caso á las proposiciones que le hacían los gomosos que iban por la tarde al puesto de agua. Y al decir esto la aguadora miraba á Don Benigno con sus ojos desvergonzados y se ruborizaba al mismo tiempo.

Sintió el anciano en aquel momento como una voz interior, y obedeciendo á ella dijo á la muchacha:

—Pues todo eso se puede remediar si tú quieres. Yo no tengo familia, no me falta para vivir, aunque tampoco me sobra, y no tienes más que venirte á mi casa y estar en ella como una hija , ¿sabes?, como una hija.

Miróle la aguadora más descaradamente quo nunca, y echándose á reir, exclamó:

—¡Miren el vejestorio! ¿No comprende usted que cuando me dé por ahí, y mientras tenga este cuerpo, no me ha de faltar con quién irme? ¡Pues estaría bueno! Cuando me lleve el diablo quiero que me lleve en coche ¿está usted? ¡Vaya, que á los años que tiene usted!.....

¡Qué desilusión más amarga! D.

Benigno había creído que se parecía la aguadora á su pobre hija muerta. ¡Ah, no! No se parecían en nada. Aquella semejanza no había existido más que en la imaginación del pobre viejo, perturbada por el ansia de cariño y el recuerdo desesperado de su Luisa.

Al alejarse, con el corazón destrozado, de aquellos lugares, á los que no había de volver jamás, le parecía que su Luisa adorada se le había muerto por segunda vez, llevándose con ella las últimas ilusiones, quitándole los postreros pretextos para seguir viviendo, dejándole en el salvaje desierto de lo real, sin oasis á la vista.

Y sobre su pena inmensa proyectó repentinamente su negra sombra el remordimiento, punzante y torturador como el de un crimen, el remordimiento de haber querido sustituir, aunque sólo fuera en parte, la hija muerta, que le acusaba de haber cedido á un impulso de egoísmo tratando de engañarse con la mentida semejanza de las dos muchachas, burlando

al dolor, y buscando así un objeto en que saciar su sed de cariño y un motivo para seguir viviendo.

Don Benigno sintió en aquel momento el asco de la vida, de la vida que á tales vilezas nos conduce, y, al abandonar á Recoletos, una llamada de vergüenza inflamó su rostro angustiado, y sus ojos se apartaron precipitadamente del perro, que le miraba fijamente, como recriminándole.





LA MUSA

¿De qué le servía á Zárrega su fama de gran compositor? ¿De qué sus profundos estudios en Madrid, en Roma, en Paris, en Alemania? ¿De qué los grandes triunfos alcanzados en el teatro lleno de gente que aplaudía frenética, en el templo donde las graves notas del órgano hacían pasar sobre la multitud arrodillada una ráfaga de estremecimiento divino?

¡La fama! ¡Cuánto se engaña esta simple que se deja conquistar por el primer atrevido que arroja á los ojos ó á los oídos del público dos ó tres obras insulsas! Allí estaba el *gran músico*, el *genio de la harmonía*, como dijo un periódico cierta vez, dando á

todos los diablos su fama y tentado de romperse la cabeza contra el piano.

Desde las dos de la tarde estaba así, y eran ya las nueve de la noche. En todas estas horas ni había comido ni había sosegado un momento; sólo de cuando en cuando, entre cigarrillo y cigarrillo, tomaba un gran sorbo de café para mantenerse en *voz*, como el decía, para sostener la tensión de sus nervios.

¡Y si fuera una obra difícil la que tenía entre manos Zárrega! No era más que un duo de una ópera que componía, la cosa más tonta del mundo: un duo amoroso entre aldeanos, entre montañeses en quienes la pasión era tranquila, tierna, sin arrebatos extremos, que casi no era pasión. Y lo más triste del caso era que los versos parecían dar hecha ya la tarea al compositor: el poeta había estado feliz, había escrito unos versos sencillos, sin grandes delicadezas exteriores, pero con una delicadeza interior encantadora, subyugante, en un lenguaje descargado de

pompas retóricas y adornos cortesianos, en unas frases que tenían la deliciosa frescura y transparencia del agua de los manantiales monteses, la melancolía del cielo de las montañas, la fuerza y la savia de los pinos y los abetos que crecen en las laderas.

¿Quién sería capaz de imaginar lo que había sudado y gemido Zárraga en aquel día sobre aquellos pocos versos tan sencillos? Primero se había confiado exclusivamente á la sugestión de la lectura de aquel duo, que era un idilio, para componer la música; y no consiguió más que escribir unas cuantas notas que le pusieron furioso; notas descoloridas, *académicas*, horribles por su sequedad.

Desesperado por su impotencia, quiso *emborracharse* de música, y sentándose al piano ejecutó nerviosamente trozos de sus autores favoritos, haciendo suceder los unos á los otros en el desorden en que se los apuntaba su memoria, y tampoco consiguió su objeto. Al ponerse á escribir le duraba la excitación ficticia producida por

la música de los demás, pero su imaginación no lograba ponerse *al diapason* con aquellos versos malditos.

Y era ya la noche, y Zárraga, tendido en un sofá, abierta de par en par la ventana que daba al patio, fumaba con movimientos nerviosos y, sin dejar de pensar un momento en el duo, revolvía al mismo tiempo en su magín cien cosas distintas y extravagantes, mezclando los sueños de sus últimas noches con las noticias leídas en los periódicos de la mañana. En su cabeza hacían híbridas cópulas y monstruosos maridajes las ideas más disparatadamente contrarias: lo pasado y lo futuro se hacían presente, mientras las cosas más inmediatas á él, sus intereses más cercanos, sus afectos más íntimos se balanceaban entre nieblas flotantes en las lejanías del recuerdo. Todo esto formaba una sinfonía absurda, discorde, pero en ella persistía como un bajo continuo, como un acompañamiento monótono, tenaz, á la sordina, la obsesión del

duo de aldeanos que había que escribir.

*
* *

Aquella irritación de sus facultades imaginativas se aplacó algo. Siguió el soñar, pero con más lentitud, con más orden; y los recuerdos de su niñez que surgieron entre las imaginaciones calenturientas de Zárraga parecieron refrescar su espíritu.

Nacido en una villita de la tierra vascongada, Zárraga se acordaba muy poco de su país. Sus padres habían trasladado su residencia á Madrid cuando él sólo tenía siete ú ocho años, y desde entonces no había visto su tierra natal más que en dos ocasiones, en dos estancias breves de veraneante, ó desde la ventanilla del wagón en sus viajes á París. Y pensaba con delectación en aquella tierra nativa tan poco conocida para él, aunque confesándose que su fama no sería tan grande ni quizás existiría si toda su vida hubiera transcurrido entre los verdes valles eúscaros.

Sacóle de repente de sus divagaciones una voz que sonaba en el patio y que Zárraga se puso á escuchar con delicia. Era una voz fresca, juvenil, que cantaba una melodía melancólica, de un corte original y ritmo cadencioso; la voz indudablemente era de una mujer joven, pero ignorante en absoluto de los secretos melindrosos del arte, que cantaba con ingenuidad absoluta, á la buena de Dios, sin preocuparse de que hubiera públicos en el mundo.

Zárraga se levantó del sofá, electrizado: aquella melodía evocaba en su memoria recuerdos remotísimos, anhelos que creía completamente muertos en él; obraba en su espíritu como un conjuro maravilloso, le hacía creer en aquel momento en la inspiración, le daba al mismo tiempo serenidad y entusiasmo y fuerza para crear.

Arrullado por aquel canto que desde las profundidades del patio subía hasta las alturas de su piso cuarto en el silencio de la noche, se puso á trabajar, y ¡qué claro *veía*

ahora el duo!, ¡cómo *comprendía* los versos y cómo los quería hasta el extremo de besarlos, en tanto que su pluma corría veloz sobre el papel pautado! Y en la fiebre de su entusiasmo determinaba que el tema de aquel duo había de ser el *leitmotiv* de su ópera, pues Zárrega, después de haber combatido las teorías de Wagner, había concluido por infiltrarse de sus prácticas y bajar la cabeza ante su genio.

Cuando acabó su trabajo hacía ya rato que no oía la voz del patio, pero Zárrega creía oírla aún, y al acostarse, rendido por el trabajo abrumador de todo aquel día, pero contento y alegre, se decía:

—Esa mujer, que no sé quien es, ha sido hoy mi providencia, mi Musa. Debiera dedicarle mi ópera.

*
* *

Descansado el cuerpo y alborozado el espíritu, se levantó al día siguiente Zárrega con la santa intención de no trabajar en aquel día.

Quería andar por la calle, codeándose con la gente, gozar arteramente de su triunfo futuro paseándose entre los mortales sin decirles que había compuesto la noche anterior el idilio musical más hermoso que se había escrito.

Todo esto pensaba mientras bajaba las escaleras de su casa. Al llegar al último tramo encontró á una mujer que subía con una cesta al brazo; Zárraga no se había fijado en ella, pero la miró con asombro cuando oyó que le daba los buenos días. ¡Su voz era *la misma* que en la noche anterior había él oído cantar en el patio! ¡Aquella mujer modestamente vestida, ni fea ni bonita, con una cesta llena de comestibles, era *la Musa!*

A Zárraga le abrazaba la curiosidad; preguntó y la mujer contestó, destrozando el castellano, que era la cocinera del principal, que estaba en Madrid hacía pocos días, y añadió:

—Guipuscoana soy, sí, señor. ¿Y dise usted que le chocó lo que cantaba anoche mientras fregaba los pla-

tos? ¡Ay *ené!* ¡Pues si es un zortzico que lo saben en mi aldea hasta los gatos!

El artista salió á la calle tambaleándose y diciéndose con tristeza.— Esa es la Musa, mi Musa; ¡esa cocinera!

Y ya el desaliento infiltrándose insidiosamente en su sér, hacía que le pareciera malo y grosero el duo que había compuesto la noche pasada. No podía ser que fuera artístico y bello lo inspirado por aquella mujer que acababa de ver con la cesta al brazo, á quien acababa de oír expresarse en una lengua defectuosa.

* * *

La mañana era hermosa. En los árboles del Retiro revoloteaban alegres los pájaros; el sol tamizando su luz en las frondas verdes que á trechos rojeaban ya, anticipándose el otoño, doraba con fulgores paradisiacos los negruzcos troncos y acariciaba la tierra humilde, cruzada por diminutos insectos, y á Zarraga le pareció que

todo aquello le hablaba un lenguaje no comprendido por él hasta entonces y que le animaba á tener confianza en sí mismo y en su obra y en su humilde Musa, diciéndole:

—Abre tus ojos y tus oídos á las armonías de la luz y de los sonidos; abre tu inteligencia al pensamiento; abre tu imaginación á los cuatro vientos de la fantasía. La Belleza viene de la altura; pero como esos rayos de sol que acarician la tierra negra y cubren de áureas brilladoras armaduras á los insectos diminutos, también ELLA acaricia con su luz del cielo á los pobres y á los humildes.





BAJANDO Á LA MUERTE

Por el monte arriba entrelazaban sus ramas los castaños. Hasta el suelo pedregoso, alfombrado por una capa de rotos erizos que dejaban ver en su seno el pardear de las castañas, bajaba una luz misteriosa, verdeciente, llena de desfallecimientos y de sombras. El aire fresco estremecía levemente las hojas en lo alto de los árboles. De cuando en cuando, por entre las claras del bosque, aparecía algún otro grupo de castaños en que amarilleaban ya las hojas, y encima las nubes que festoneaban de blanco las negras moles de la Cumbre. La tarde caía.

En su marcha fatigosa cuesta arriba Miss Felicia Kinsley paróse de re-

mente: sintió una opresión especial en el pecho, una sofocación angustiosa, y una tos convulsiva agitó fuertemente todo su cuerpo gracil y delgado. Cuando retiró el pañuelo que había llevado á la boca instintivamente, vió en la blanca batista una mancha de sangre, y Miss Felicia, rompiendo á llorar, dejóse caer en el suelo sobre las hojas secas y los erizos.

¡Qué luz más siniestra alumbró repentinamente las más íntimas reconditeces de su alma! ¡Qué bien comprendía ahora la razón de aquel viaje á Canarias, á pasar el invierno; aquella precipitación en disponerlo, abandonando su padre sus negocios de Londres! Era por ella; estaba tísica; ahora lo veía claro. ¡Qué claridad más horrible!

En su imaginación aventurera ¡había empezado tan bien aquella excursión al interior de la isla de Gran Canaria, abandonando la orilla del mar que le había parecido tan árida, aquellas dunas que avicinan los hoteles de Las Palmas rodeándoles de la de-

solación de un paisaje sahariano!...

Un grito lanzado en su angustia llamó la atención de su padre y de su madre que se habían adelantado á la joven, y al momento volvieron á su lado á socorrerla, alarmadísimos, temblando ante la crisis tan temida y que quizá estallaba en aquel momento en medio del monte.

Miss Felicia procuró tranquilizar á sus padres con una sonrisa triste, y empezó el retorno á San Mateo, al pueblo donde la familia había dejado el coche; y lentamente, lentamente, sosteniendo entre los dos viejos vigorosos á la pobre tísica, bajaron la pendiente del monte, dejando atrás la arboleda que dibujaba en el cielo la silueta de las copas anchas y redondeadas de los grandes castaños.

Al llegar al pueblo ocuparon los tres el coche, que al trote de sus tres caballos emprendió la marcha de regreso por la carretera.

¡Cuán triste la vuelta por los mismos parajes que había pasado poco antes Miss Felicia creyendo en la vida!

Empezaba á sentir la fiebre que la acometía todas las tardes desde algún tiempo atrás, y cuya causa sabía al fin, y apretaba con sus dedos flacos y de abultadas articulaciones el *plaid* escocés con que se abrigaba.

Aquel caserío á la izquierda del camino era el pueblo de Santa Brígida, que ahora se le antojaba melancólico, y tan riente le había parecido pocas horas antes iluminado por el sol; aquellos eucaliptos que inclinaban sus ramas lascias sobre el carruaje, los mismos con cuyo aroma le había parecido antes respirar vida poderosa.

En la luz indecisa del anochecer que avanzaba rápidamente, vió Felisa pasar al lado de su carruaje, hablando, dos enamorados campesinos, rudos, sanotes; ella con su falda almidonada y crujiente recogida con una mano para librarla del polvo de la carretera, él con sus recios zapatos de cuero, su traje de hilo y su sombrero ancho: duo de amor sencillo, en el habla lánguida y melosa de Canarias, que Miss Felicia escucha al pasar un momento, aun-

que no entiende el castellano. Pero entiende *aquello*: es la salud, la vida, el amor, que se alejan por la polvorienta carretera, hacia arriba, á la luz desfallecida del crepúsculo.

De repente, abajo, como una inmensa sábana grisácea, sin una arruga, apareció el mar, y Felicia buscó con la mirada en el lejano horizonte aquella visión azulada y fantástica, tenue y delicada, que la había sorprendido pocas horas antes, al pasar en sentido contrario por aquellos sitios: la vista de la isla de Fuerteventura recortando en la lejanía los picachos de la costa de Jandía que aparecía sobre la línea del horizonte como tierra encantada que flotara en el cielo.

Pero nada vió. Una faja de nubes grises con bordes opalinos se extendía por Oriente tocando el mar y elevándose en el cielo ensombrecido, y aquella decepción repercutió en el corazón de la enferma como una crueldad más de la suerte.

Había atravesado el coche el poblado de Tafira y bajaba las curvas de

áspera pendiente con que escala la carretera al monte.

Miss Felicia, teniendo al lado á su madre y en el asiento de enfrente á su padre que fumaba una pipa en silencio, notó en su mano el contacto de un libro sobre los almohadones del coche. Era una colección de sonetos de Rossetti. Abrió al azar el diminuto tomo y quiso leer en sus páginas; pero ya era casi de noche. La luz moribunda sólo la dejó leer en una página una sola palabra del último verso, y la palabra era *Death*, muerte. Dejó caer el libro y miró hacia fuera. En el terreno árido y pedregoso sólo las tabaibas y las chumberas salvajes encontraban ignotos jugos para vivir, á más de algunos negruzcos tarahales que, puestos en fila al lado de la carretera, echaban hacia una hondonada, llena ya de sombra, sus penachos de ramas retorcidas.

El coche siguió hacia Las Palmas, hacia abajo, en la sombra creciente, acompañado por el rumor sordo que producía el freno apretando las rue-

das del carruaje, entre el pavoroso temblor de las lacias ramas de los eucaliptos agitados por el viento, que parecían llorar la despedida á la luz del trasmontado sol, á la vida; y á los acentos de aquella sinfonía lúgubre la memoria tenaz de Miss Felicia la presentaba ante su vista, como una visión de horror, las fatales letras negras, *Death*, muerte, y Miss Felicia cerró los ojos, para dejarse así llevar sin protestas ni gemidos, hacia abajo, hacia la ciudad ensombrecida por la noche, hacia la Muerte.

En su alma desolada entonaban disorde duo la resignación inútil y la aún más inútil desesperación, y la fatalidad, ineluctable y cruel, cernió sobre el pobre espíritu de la condenada sus alas, negras como las tinieblas que la envolvían.

Fin.

ÍNDICE

PÁGINAS

Una conferencia en Marte	5
El casorio de Micaela	15
¡Al agua!	24
La Jota en el Infierno	31
La última salida	45
Proselitismo	55
El Campeón del Mundo	66
El Rey negro—Cuento del día de Reyes	77
La dignidad	86
Lugar sagrado	93
El hábito del tío Peneque.	98
La Nochebuena de Mademoi- selle Margot	103
El gancho	112
El viajero	120
La cadena.	129
Carne soleada	137

PÁGINAS

La hopa.	143
Últimas representaciones.	153
El vengador	160
Las brujas de Joaquín Santana.	174
Monólogo de un pseudo-muerto	183
Los cangrejos.	195
Ilusiones	204
La Musa	210
Bajando á la Muerte	220



ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR, EN
LA CIUDAD DE LAS PALMAS DE
GRAN CANARIA, EN CASA DE
MARTÍNEZ Y FRANCHY,
EL 15 DE ABRIL
DE 1901.

